

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
INSTITUTO DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE



INSTITUTO DE
**LITERATURA Y CIENCIAS
DEL LENGUAJE**
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

**Entre ficción, historia y violencia: tránsitos e interferencias
en la literatura centroamericana de posguerra**

Seminario de Graduación

Tesis para optar al grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica

Profesor Guía: Raúl Rodríguez Freire

Alumna: Josefina Rodríguez Cuadra

Viña del Mar, Julio – 2015

Índice

Introducción	3
Capítulo I. Momentos de una historia abatida, guerra y posguerra.....	8
Primera parte. Las guerras civiles y movimientos sociales	9
Segunda parte. Escenario de posguerra	23
Capítulo II. Tránsitos de la palabra: entre testimonio y ficción	31
Primera parte. Devenires en la literatura durante la guerra centroamericana.....	31
Segunda parte. Literatura de los noventa, ¿una nueva narrativa?	37
Tercera parte. Un nuevo escenario cultural y la urgencia de la ficción.....	39
Cuarta parte. Diálogos entre formas testimoniales y ficción.....	45
Capítulo III. Recuentos entre ficción, historia y violencia.....	49
Primera parte. Las memorias y la fragmentación, una lectura desde <i>El material humano</i> ..	50
Segunda parte. La ciudad como nuevo campo de batalla en la narrativa de Castellanos Moya	56
Tercera parte. Resignificación de las dicotomías de guerra	63
Algunas conclusiones.....	70
Contradicciones	70
Obras citadas	74

Introducción

“¿Qué podemos pensar de estos errores y
de otros muchos? ¿Nos contentaremos solamente
con gemir sobre la naturaleza humana?
Casos hubo en que fue necesaria vengarla”
Voltaire
(*El material humano* 37)

Con tres años de edad, mi familia y yo, tomamos el avión desde Santiago de Chile hacia San Salvador, El Salvador. Llegamos a este país tropical el año 1992, justo durante el proceso de los tratados de paz; ese fue el escenario donde pasé mi niñez para luego volver a Chile en 1999 con diez años. Recuerdo que alguna vez escuché la célebre frase de Rilke “la verdadera patria del hombre es la infancia”, frase que hasta cierto punto hace sentido a esa pregunta sobre el pasado de uno, el pasado fundacional de uno: la infancia. Nunca he vuelto a ese lugar que ya me parece solo un sueño, entre los calores y colores, la pobreza y los autos blindados, los niños sin padres perdidos en las calles entre la turba de gente en el centro, el miedo pero también la alegría de la gente, los vestidos de colores de las fiestas para las mujercitas, la vieja (ancestral) pintora Rosa Mena Valenzuela, la Rosita, que visitábamos como si fuera nuestra abuela, junto a su hermana Milita de más de 100 años y su hijo adoptivo José (otro niño de rasgos indígenas sin padres) que tocaba el piano. O cuando mi padre contaba que había leído en el diario la publicación de un anuncio que ofrecía cambiar armas por comida, o que el chofer, del auto de la empresa donde él trabajaba, había visto estallar una dinamita en los pies de su compañero, así y todo iríamos al bar La Luna –que hoy ya no existe–, bar que comentó el escritor Horacio Castellanos Moya como una de las cosas buenas que sucedió después de los tratados de paz. En ese intento por volver, es que he regresado a través de la literatura a ese lugar perdido, que necesariamente me ha llevado hacia los oscuros caminos de la historia de esta fracción del continente.

El tema del presente estudio es la llamada literatura de posguerra, sin embargo, para entenderla y estudiarla resulta necesario mirar no sólo el período de guerra propiamente tal, sino

también la historia que dio lugar a ello, en definitiva, los procesos que atravesaron a los sujetos de ese territorio y que conformaron lo que son los actuales El Salvador y Guatemala. Por otra parte, el estudio de la producción literaria durante la guerra resulta indispensable para poder observar las transformaciones y apropiaciones de la tradición que hacen las narrativas de los noventa y los dos mil. Los cuestionamientos sobre la literatura se ven reflejados en la crítica literaria de Centroamérica, es por ello que se hará una relectura de la crítica sobre la literatura de los años de guerra y de posguerra; ésta permite entender a qué responden las propuestas de la literatura en la actualidad centroamericana, no sólo respecto a la historia sino también al género literario. Para dar lugar a estos requerimientos, la presente investigación se plantea a partir del siguiente objetivo general: *analizar las transformaciones de los procesos literarios a la luz de los contextos desde los cuales surgen, contextos cargados de una multiplicidad de formas de violencia*. De este objetivo se desprenden cuatro objetivos específicos; 1) *describir los procesos históricos de las guerras de Centroamérica como punto de partida para entender la actualidad centroamericana de posguerra, signada por un tipo de violencia heterogéneo al de la guerra*; 2) *describir los procesos literarios desarrollados durante las guerras, en consideración de las problemáticas del género testimonial y la ficción*; 3) *analizar el tránsito de las problemáticas literarias desde el período de guerra al de posguerra*; y 4) *analizar los elementos constitutivos de cuatro obras escritas durante el período de posguerra*.

Durante el proceso investigativo surgieron como problemáticas ineludibles, tanto para los problemas sociales como para los literarios, en primer lugar, las cuestiones sobre la violencia en tanto elemento que atraviesa toda la experiencia de formación y consolidación de estas naciones y su literatura; esto hace inevitable leer los procesos históricos a través de su cuestionamiento. En segundo lugar, la articulación entre literatura e historia/contexto extraliterario ha mostrado ser un elemento fundamental para entender las propuestas literarias durante los períodos analizados. A diferencia de otros territorios, el vínculo entre historia y literatura para los países en estudio es determinante y su comprensión permite acceder a la potencia de las obras del corpus seleccionado.

Este vínculo privilegiado entre literatura e historia en la producción centroamericana se manifiesta en la mutua intervención de una sobre la otra, en una relación interdependiente. Por un lado, se observa cómo el contexto modifica las búsquedas en la literatura, es decir, que la literatura surge como su abierta *respuesta*, donde las urgencias del contexto se revelan en las urgencias literarias y la modifican. Así vemos que la emergencia del género testimonial está signada por el contexto de guerra desde el cual aparece, a su vez, como un elemento articulador del contexto de guerra mismo; es decir, no sólo aparece como una necesidad literaria durante la guerra, sino también como un “instrumento” dentro de ella. Posteriormente la ficción enfrenta al testimonio, lo cuestiona, y se posiciona como un género indispensable para las democracias. Por otra parte, se evidencia cómo la literatura se hace cargo de las cuestiones de la historia a través de hacer aparecer o develar, de forma directa o indirecta, a los sujetos y los procesos sociales en que surgen. Con ello, permite el acceso a ciertos sucesos y vivencias de los sujetos excluidos de la historia oficial, gracias a que esta literatura logra trascender los límites de los géneros tradicionalmente entendidos. Esto se observa principalmente durante el período de guerra con el género testimonial, sin embargo, en la literatura de posguerra se mantienen ciertas tensiones que hacen particularmente sensible esta relación. A partir de allí esbozo la siguiente hipótesis de investigación: *la simbiosis entre literatura e historia/contexto extraliterario que se produce en la literatura centroamericana durante la guerra es transfigurada en ciertas obras de la literatura producida durante la posguerra que reutilizan y resignifican elementos del testimonio, la ficción y de las formas de (re)construir las memorias. Finalmente, la historia y la literatura como procesos que se quieren intervenir mutuamente son atravesadas por las formas de violencia que desde el contexto permean inevitablemente a la literatura.*

Respecto a las cuatro obras seleccionadas, me he enfocado particularmente en la narrativa del escritor salvadoreño-hondureño Horacio Castellanos Moya y el escritor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa. He seleccionado como corpus las obras del primer escritor *La Diáspora*, *El asco* y *El arma en el hombre*; éstas me permiten acercar la mirada hacia los nuevos contextos, a partir de los

noventa, y analizar las problemáticas que desde estas obras se plantean. Seleccioné *La Diáspora* ya que es la primera novela del escritor y representa un intento de quebrar con la tradición y la cultura de guerra. Escogí *El asco*, ya que es una novela que rompe con el “entusiasmo” del fin de la guerra y plantea una fuerte crítica al nuevo escenario salvadoreño; y por último *El arma en el hombre* sería una obra que plantea cuestiones sobre una nueva forma de violencia urbana, a su vez que intenta reconstruir al “enemigo” de la guerra. Del segundo escritor he seleccionado *El material humano*, pues la considero una obra que encarna las principales problemáticas que han surgido de esta investigación, respecto a su reflexión sobre los límites entre ficción e historia-memoria en un contexto de violencia, lo que a su vez hace aparecer al “otro” indígena desde una nueva complejidad.

Esta investigación se estructura en tres capítulos, el primero de ellos consiste en una revisión panorámica de la historia de guerras de Centroamérica. Esta consiste en la revisión de la relación entre el gobierno y la población, que habita los territorios centroamericanos, durante el proceso violento de instalación de un Estado moderno. Este recorrido permitirá entender parte de los procesos actuales de las políticas y problemáticas de Centroamérica, entre ellas las transformaciones del escenario de guerra y con ello las formas de violencia. El segundo capítulo, intenta hacer también un recorrido por las distintas tendencias dentro de la teoría literaria que analizó los procesos literarios de guerra y posguerra de Centroamérica. Allí surge el problema del género testimonial, que en la actualidad es puesto en diálogo con la entrada de una literatura entendida desde la ficción. A su vez, se presentan la propuesta ficcional de Castellanos Moya respecto al intento por salirse de la cultura de guerra, como también el trabajo de Rey Rosa que busca generar un diálogo con la tradición testimonial. Por último, el tercer capítulo es una propuesta de lectura de cuatro obras con las cuales busco sacar a la luz algunos de los aspectos claves del nuevo escenario. Entre ellos, se abre la pregunta sobre la construcción de la historia en la posguerra, cuestión que permite la entrada de las distintas memorias y una reflexión sobre la contradicción de los discursos; por otro lado, se esbozan aspectos de la nueva ciudad centroamericana, con sus

conflictos y sus nuevas formas de violencia. Finalmente, concluyo con el análisis de dos propuestas literarias que buscan hacer aparecer a ciertos sujetos silenciados, entre los cuales se rescata la complejidad del sujeto indígena en la conformación de la nación.

Capítulo I. Momentos de una historia abatida, guerra y posguerra

En este primer capítulo me interesa hacer un breve recorrido por la historia de El Salvador y Guatemala entendiéndolos dentro de un contexto centroamericano marcado por la guerra, para luego pasar a una descripción y análisis de la actualidad entendida como un escenario de la posguerra. Este recorrido está enfocado en la violencia que enmarca el proceso histórico desde el cual surgen (y contestan) los movimientos sociales y revolucionarios de estos dos países, con las consecuentes secuelas en la actualidad. Para esta investigación no iré tan lejos en la historia de los procesos, aunque intentaré no omitir las primeras manifestaciones de una problemática que se extiende a lo largo de todo el siglo XX. He determinado dos partes en que se estructura el capítulo; la primera corresponde a la gestación y manifestación de las guerras civiles que comienzan con los emblemáticos sucesos acontecidos en los alrededores de 1930, para cerrar con los tratados de paz de 1992 y 1996. Con un fin sintetizador he identificado cuatro períodos desde los cuales se fijan algunos hitos definitorios de los procesos. En orden cronológico, el primero de ellos está marcado por los regímenes caudillistas y las primeras manifestaciones sociales sofocadas con una violencia desproporcionada. El segundo, marcado por el inicio de la guerra fría, se caracteriza por el comienzo de la modernización económica de Centroamérica, el surgimiento de las clases medias y una mayor organización de los movimientos contestarios. El tercer período es el comienzo de la guerra armada contra un Estado Terrorista amparado por las políticas de Estados Unidos. Finalmente, el cuarto período corresponde al auge y caída de las guerrillas de Centroamérica, particularmente la guerra civil de El Salvador y la guerra en Guatemala. Cierro esta síntesis con una conceptualización de las formas de violencia para poder reflexionar sobre estos períodos. La segunda parte del capítulo es una revisión de algunas de las problemáticas actuales desencadenadas luego de los tratados de paz, entre ellas, las incipientes democracias, la instalación del neoliberalismo y, por último, las nuevas formas de violencia urbana.

Primera parte. Las guerras civiles y movimientos sociales

Primeros estallidos insurgentes y caudillismo oligárquicos (1929-1944)

Para entender los movimientos sociales, el relato de la historia de Centroamérica comienza en los años treinta con la crisis económica mundial que afectó directamente a las economías dependientes, economías cuyos ingresos estaban restringidos por la exportación de café y de bananas. La producción agraria estaba repartida en dos grupos de poder, por un lado, las cafetaleras que se encontraban mayoritariamente en manos de los terratenientes locales, y por otro lado, las bananeras que estaban en manos de propietarios estadounidenses. La caída económica del treinta afectó prolongadamente las economías de Centroamérica, así vemos que la crisis se extiende y profundiza hasta el fin de la segunda guerra mundial (1944-45). Esto se debió en gran medida a la mala administración del incipiente Estado, el cual fue encabezado por una seguidilla de gobiernos caudillistas.

No obstante, previo a estos gobiernos, en 1931 asumió la presidencia de El Salvador Arturo Araujo, quien pretendía otorgar derechos a los trabajadores campesinos y realizar reformas en pro de los mismos; luego de casi un año de presidencia, los militares apoyados por la oligarquía realizan un golpe de Estado. Su presidencia, aunque breve, marca un inicio de una nueva conciencia dentro del grupo de trabajadores que en 1932 realizan un levantamiento campesino-indígena, también apoyado por estudiantes urbanos y por Farabundo Martí, uno de los líderes más importantes de la insurgencia, que ya en 1930 se encontraba en El Salvador. Esta rebelión campesina fue brutalmente reprimida por el gobierno militar, el cual realiza una brutal matanza de cerca de 30.000 indígenas campesinos, acción que también implica el asesinato de Martí. Esta arremetida militar-oligárquica marca todo el período político comprendido desde 1931 hasta 1944, el cual se caracteriza por regímenes caudillistas avalados por una oligarquía terrateniente. Dichos gobiernos caudillistas ocupan la violencia para sofocar cualquier movimiento social, dándose lugar a un abuso

generalizado de campesinos y de la población rural (ambos representan a la mayoría de la población).

Por otra parte, la producción agraria (fuente de ingresos de los países centroamericanos), con la crisis económica mundial, vio mermado sus niveles de exportación de café y bananas, junto con el precio de los productos. Particularmente, las bananeras, en manos de EE.UU. se vieron fuertemente afectadas, sin embargo, las cafetaleras de la oligarquía amortiguan sus pérdidas a costa de sus trabajadores. En concreto, reducen sus pérdidas quitándoles el salario a sus trabajadores y campesinos. Este fenómeno de *desalarización* se ve profundizado y complementado con la implementación de leyes que obligan a trabajar al campesinado, como por ejemplo el Boleto Jornalero, entre otras medidas. En este contexto de adversidad para la población campesina se comienza a potenciar un pequeño mercado interno en base a la agricultura de subsistencia para el autoconsumo, donde el excedente se vendía entre ellos. Acompañado a ello se continuó desarrollando la producción artesanal que se comercializaba dentro del mismo país.

En *La piel de Centroamérica*, Edelberto Torres-Rivas sostiene que “La crisis puso al desnudo [...] la naturaleza primitiva del capitalismo agrario en sociedades profundamente desiguales” (33). La crisis en Centroamérica se extiende convirtiéndose en un estancamiento económico prolongado producto de la mala administración de la oligarquía. Esta oligarquía con carácter conservador disminuye el gasto público, despidiendo trabajadores y reduciendo salarios, bajo la creencia de que la acción estatal es ineficaz, situación que tiene como consecuencia casi una total paralización del país. Además de ello, estas dictaduras ocupan una fuerte política autoritaria y racista que considera a la democracia y los movimientos sociales como una amenaza. Estas políticas responsables del largo estancamiento económico son en parte producto de un desconocimiento del manejo del estado y una protección desenfrenada de los propios intereses económicos. En relación a lo anterior, el racismo es un componente clave para entender la relación entre el grupo de poder y el campesinado (que es en su mayoría indígena), no solo en este primer período descrito, sino también durante las guerras. Así vemos que, respecto a un total de la población para el año 1940 en

Guatemala los indígenas representaban el 55% de la población y en El Salvador representaban un 20%; a modo de dato comparativo, en Guatemala el 30% son mestizos y en El Salvador el 75% (Rosenblat en *La población indígena de América*). Veremos a continuación que el abuso sostenido, más que una clase social, es sobre las distintas etnias que habitaban históricamente el continente y que para la época se asentaban en su mayoría en la zona rural.

Intentos de una modernización económica y de reformas (1944- 1960)

El fin de la segunda guerra mundial trajo consigo el goce económico de las viejas y nuevas grandes potencias mundiales, con lo cual se favoreció directamente las economías dependientes. Con la mejora del precio de los productos de exportación comienza una ola de crecimiento económico, lo cual permite la plantación de nuevos productos como el algodón. Por otra parte, el contexto de postguerra mundial trae consigo la deslegitimización de los regímenes autoritarios, lo que permite una emergencia de movimientos culturales, tan sofocados en el período anterior, que comienzan a hacerse más visibles y generar una mejor organización. Ello se ve reflejado en la aparición de gobiernos con búsquedas reformistas que surgen luego de la crisis de los gobiernos de la antigua oligarquía. Estos gobiernos más reformistas logran hacer algunas mejoras en las condiciones laborales, a su vez que trazan políticas para la cultura y educación, a su vez que integran algunas normativas para el desarrollo, esto tanto en El Salvador como en Guatemala.

Estas búsquedas reformistas y democráticas se hacen posibles gracias a la creciente clase media letrada y *petite bourgeoisie*, la cual busca desde ya un espacio dentro de la estructura de poder del estado. Estas fuerzas sociales intentan organizarse y participar en la vida pública, social y cultural, exigiendo mecanismos modernos de justicia, muchas veces a través de formas de insurrección urbana. En 1944 se realiza una huelga general en El Salvador que obliga a dimitir al gobernador, huelga que es encabezada por profesionales de clase media y militantes jóvenes; los líderes de esta huelga fueron detenidos y fusilados (*La piel...* 57). En diciembre de 1948 se

materializa en El Salvador una búsqueda de modernización institucional con la llamada “Revolución del 48”, acontecimiento en el que se realiza un golpe de estado para una mejora de la economía e instituciones. Aunque tuvo algunos logros, finalmente, no logró modificar las bases de la producción agraria. Seguido de ello, en 1950 se genera una nueva constitución con una nueva legislación laboral y mayor seguridad social. En Guatemala, por su parte, desde 1944 se comienzan a hacer importantes reformas a la constitución con amplia participación popular, tanto con el presidente Arévalo como con Jacobo Arbenz.

Los gobiernos reformistas, que se extienden aproximadamente hasta 1960, tienen como fuerte amenaza la oligarquía terrateniente a la cual se le suman las revividas influencias políticas de EE.UU. dentro del contexto del inicio de las tensiones producto de la Guerra Fría. Así vemos intervenciones directas como la operación PB Success, en Guatemala que buscó frenar los impulsos reformistas del presidente Jacobo Arbenz. Este presidente intentó, a través de una reforma agraria, resolver la desigual estructura rural de clases, sin embargo, debido a distintas presiones esta operación logró sacar a Arbenz del gobierno y frenar sus búsquedas políticas. Estas intervenciones económico-políticas en Centroamérica por parte de EE.UU. están teñidas del miedo a la “amenaza roja” propio de la guerra fría que justificaron la violencia contra los movimientos sociales de cualquier tipo. Con esta persecución anticomunista, las dictaduras pudieron mantener el statu quo que se basaba en políticas autoritarias fundadas en el racismo étnico heredado de la conquista y acrecentado en los períodos previos a la guerra y durante ella.

Uno de los principales logros de la modernización económica es la “autosuficiencia” de Centroamérica el año 1954, logrado gracias a la venta de la exportación a Estados Unidos. Esta modernización también se ve reflejada en el crecimiento de la urbanización (de un 14% a un 43%), junto a un fuerte aumento demográfico. La urbanización implicó la modernización de las instituciones y la entrada de nuevas empresas como la electricidad, las compañías de teléfono, etc. Dicha modernización de la urbe también potenció el desarrollo de las clases medias, y junto a las reformas políticas, el crecimiento de la universidad pública y el desarrollo de partidos políticos

diversos. Sin embargo, esta modernización tiene una contraparte menos evidente ubicada en la zona rural, donde las condiciones no han sido mejoradas y se continúa el abuso de la población campesina. Las tierras otorgadas a los indígenas-campesinos para su administración y producción agrícola de subsistencia fueron arrebatadas por los nuevos empresarios para la plantación de algodón. Como consecuencia, los campesinos son trasladados a otras tierras a cultivar, sin embargo, estas nuevas tierras son de baja calidad y poco fértiles. Según afirma Rafael Cuevas Molina en *Traspatio florecido* los procesos de desarraigo a la tierra afectan profundamente los cimientos de las culturas indígenas, las cuales se encuentran significadas desde el espacio que ancestralmente habitan, y que al ser desplazados sus formas de perpetuación cultural se ven afectadas (26-27). Con estas medidas, no sólo se rompió con el equilibrio social de miles de campesinos que viven en torno a su pequeña producción y las tradiciones arraigadas a las tierras, sino que también el equilibrio ecológico se ve afectado con la quema de bosques para las nuevas plantaciones de exportación (80).

Estos cambios en el ámbito agrícola posibilitaron el aumento de productos de exportación, y con ello las ganancias empresariales. Esto, en conjunto con algunos impulsos políticos para resolver las injusticias laborales, posibilitó que en 1960 los campesinos pudieran volver a ser asalariados, sin embargo el problema de las tierras estaba lejos de ser resuelto. Aunque el cambio es aparentemente positivo, la combinación de estos dos factores no favorece las formas de vida campesina-indígena. Por el contrario, este hecho agudiza las desigualdades y genera más abismos de pobreza, ya que se privó a las comunidades indígenas de su producción agrícola para el autoconsumo y venta (lo cual les entregaba cierta independencia). La toma de sus tierras por parte de las nuevas empresas agrícolas los obliga, a su vez, a proletarizarse, es decir, a emplearse estacionalmente con escasos puestos de trabajo para todos, situación que agudizó las condiciones de empobrecimiento campesino.

Modernización contradictoria y nuevas organizaciones guerrilleras (1960-1979)

En este período la situación económica se mantiene en ascenso hasta pasar a llamarse “década de oro del crecimiento económico”, lo que acontece entre 1958 y 1968, gracias, en gran medida, a la creación del Mercado Común Centroamericano en el año 1960, acción impulsada por la ONU (Cepal), aunque intervenida por EE.UU.. No obstante las buenas intenciones de las organizaciones internacionales interventoras, quienes buscaban que el mercado centroamericano se independizara de la venta de productos a las grandes potencias, el Mercomún terminó favoreciendo principal o únicamente a los tradicionales terratenientes y a los nuevos empresarios agrarios, sin favorecer el desarrollo de la pequeña producción. Esto se explica por la forma en que se estructura el mercado económico centroamericano: por un lado, se encuentran los terratenientes y nuevos empresarios de la agricultura de exportación, con un sistema de producción moderno que posibilita la generación de grandes ganancias. Y, por otro, el campesino pequeño productor, que relegado a las tierras poco fértiles, genera una agricultura de baja producción que logra abastecer a un reducido consumo local. Este problema en el espacio rural se manifiesta en la disminución de la producción de alimentos básicos entre 1958 y 1975, con lo cual la autosuficiencia alimenticia se vio desfavorecida ya que no se logró cubrir las necesidades de toda la creciente población. Esta situación evidencia la denominada “paradoja centroamericana” que se caracteriza por un crecimiento agrario pero una mantención de las condiciones de vida desfavorecidas de los campesinos. El crecimiento agrario se sustenta en una mayor productividad gracias a la modernización de las técnicas, mayor posibilidad de importación de materias primas y tecnologías, un aumento del valor de los productos internacionalmente. Sin embargo, la paradoja se expresa en que los dueños de estas empresas modernizadas reproducen los hábitos de la anterior oligarquía con una dominación autoritaria que no permite mejores oportunidades para el campesinado, además de mantener los bajos salarios. A su vez, la población tiene menos acceso a una alimentación de calidad, como también el proceso de destrucción de la producción artesanal que entra a competir con los productos importados (89).

Por otra parte, desde el año 1961 la intervención de Estados Unidos en la política centroamericana aumenta con la creación de la Alianza para el Progreso (Alpro) ideada por la administración de Kennedy. Esta tuvo, en un comienzo, una intención paternalista que pretendía la protección de estos países y buscaba la estimulación en la cooperación económica entre ellos. Sin embargo, en el contexto de la Guerra Fría, la Alpro cumplió más bien una labor de intervención política para detener la germinación y propagación del comunismo. Para ello se conformó la denominada Doctrina de Seguridad Nacional que implicó la modernización de las fuerzas armadas, así como también la implantación del anticomunismo como ideología de represión. Esta intervención se materializó en la entrega de técnicas e instrumentos de guerra y la implantación de la noción de “enemigo interno”. Este concepto sirvió como una estrategia de violencia justificada basada en la idea de defender el orden social, por sobre la posibilidad democrática, situación que tuvo como consecuencia la conformación de un Terrorismo de Estado. Durante este período que contempló aproximadamente entre 1962 y 1982, en ambos países los gobiernos se constituyeron en base a las denominadas “democracias de fachada”, que se caracterizaban por ser elecciones no competitivas, y en el caso de El Salvador, encabezadas por el partido de los militares PCN.

Con estos gobiernos de alianza militar-empresarial que instalaron la violencia como método de gobernabilidad se aseguró la desmovilización permanente de muchos grupos de organización popular, una despolitización general de lo gubernamental y una represión brutal de las fuerzas políticas reformistas, democráticas y radicales de izquierda. Entre los grupos reprimidos y aplastados de forma sangrienta, se encontraban los movimientos sindicales y campesinos, la universidad pública, algunos sectores de la iglesia y partidos reformistas. Ante esto Torres-Rivas sostiene que la seguridad contrainsurrección impulsada por las políticas de EE.UU. “se prepararon e hicieron la guerra contra un enemigo todavía ausente” (103). Como explica, el Estado terrorista que se instala en este período, se caracteriza por la deshumanización del enemigo, lo cual deja en impunidad la aplicación de cualquier método necesario para aniquilarlo. Esto implica no sólo la

justificación del asesinato del insurgente, sino también de los parientes, amigos, vecinos o conocidos, puesto que se instala la lógica de “los que no están conmigo están contra mí” (110).

Pese a la fuerte violencia represiva-militar por parte del Estado en contra de los movimientos sociales, estos siguieron generándose y organizándose, sin embargo, comienzan a considerar las armas como posibilidad. Es por ello que en *La piel...*, se considera este un período pre-insurreccional, que estalla primero en Guatemala, luego en Nicaragua y El Salvador. En el caso de Guatemala, entre el año 1962 y 1965, se crean los primeros grupos guerrilleros de izquierda, entre los cuales se encuentra MR-13 (creada por exsoldados del ejército) y las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), como respuesta al descontento provocado por la caída de Arbenz en 1956. Entre 1966 y 1968 estos primeros grupos fueron derrotados por el ejército y la policía, sin embargo, no logran su disolución. De hecho, continúan conformándose nuevos grupos armados, entre ellos, en 1972, el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) que lanza sus primeras arremetidas en 1975 (Andrea Martínez en “Guerrilla y movimiento popular...” 73). Otro de los nuevos grupos es la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) que se crea con el apoyo y colaboración de los indígenas, sin embargo, este se demora una década en consolidarse (1969-1979). Por otra parte, en El Salvador el año 1969, se crea la Unión Demócrata Nacional (UDN) y en 1970 se fundan las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), grupos conformados principalmente por comunistas. Durante los años posteriores continúa la conformación de grupos en búsquedas de mayor justicia, entre los cuales se encuentra el Ejército Revolucionario del Pueblo fundado por los demócrata cristianos en 1972, la Resistencia Nacional y el Partido Revolucionario de Trabajadores Centroamericanos, con sus respectivos frentes de masas FAPU (1975) y MLP (1979).

Los estallidos revolucionarios que en la década de los setenta ya están gestándose y manifestándose, se encuentran apoyados por las clases medias letradas. Estas provienen de un proceso de ciudadanización urbana, que se debe en gran medida al acceso a mejores niveles de educación. Sin embargo, a pesar del crecimiento económico, las condiciones de vida de esta clase media no presentan una mejora sustancial dado que siguen recibiendo bajos ingresos. Esta clase que

entra en política por una lucha democrática (ya a mediados del siglo XX) son apoyados por grupos de organización popular, formando una relación de apoyo entre clases medias y populares. Las clases medias, en muchos casos, pasan a encabezar los nuevos partidos políticos que se han formado, y toman la dirigencia de universidades, prensa y cultura en general. Estos grupos emergentes representan una renovación intelectual y cultural, perfilando ya lo que podría llamarse una “moderna opinión pública” (*La piel...* 104).

Auge y caída de la lucha armada (1979-1992)

La victoria Sandinista, con la toma de Managua el año 1979, influyó en el crecimiento y fortalecimiento de los movimientos sociales armados del resto de los países. Sin embargo, también incrementó las medidas y financiamiento de Estados Unidos contra las otras guerrillas. Es así como el conflicto social armado de Guatemala se vio fuertemente atacado durante los años 1976-1980 donde el ejército logra asesinar a los grupos más importantes de la guerrilla, entre ellos el movimiento corporativo, sindicalismo urbano, centenares de activistas campesinos, estudiantes, periodistas y religiosos (*la piel...* 113). No obstante, los grupos guerrilleros continúan en su esfuerzo y para ello fortalecen sus vínculos con las comunidades indígenas en búsquedas de una reivindicación étnico-nacional. En 1980 estos grupos cuentan con 2.000 combatientes y la movilización de 100.000 indígenas no armados de distintas comunidades. Sin embargo, las fuerzas contrainsurgentes aumentaron su violencia, que se manifestó en la llamada operación “Victoria 82”, realizada entre los años 1981 y 1982. Esta operación dio como resultado el genocidio de más de 50.000 indígenas y provocó el desplazamiento que afectó a una población de 500.000 personas y 600 aldeas indígenas fueron destruidas (*La piel...* 114). Ésta se llevó a cabo con el reclutamiento forzoso de casi 1.000.000 de campesinos indígenas a las llamadas Patrullas de Autodefensa Civil. Esto, en definitiva, provocó el enfrentamiento entre indígenas, por un lado, los reclutados por los militares y, por otro, los que habían avalado la guerrilla. Este enfrentamiento bélico provocó la lucha entre indígenas, situación que se consideró una de las mayores matanzas étnicas, “genocidio

que destruyó las bases materiales y sociales de la cultura indígena”, lo que evidencia la voluntad racista del Estado (114). La violencia de Estado continuó durante los años siguientes que, entre 1983 y 1984, se concentró en sofocar la resistencia urbana, pero se prolongó con formas de brutal violencia hasta los tratados de paz firmados en 1996. El total de muertes aún no llega a calcularse, las cifras oficiales redondean en 200.000 muertos de los cuales un 90% son indígenas y, sin embargo, se estima que sólo un 10% murió en las filas.

El proceso de la guerrilla salvadoreña tiene sus diferencias respecto a la guatemalteca. El asesinato de Monseñor Romero¹ quien encarnaba la defensa de los derechos humanos en grupos eclesiásticos, marca el curso de la historia de los movimientos armados. Luego de su muerte se unifican los grupos guerrilleros formando el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). En 1981 lanzan con 2.000 hombres la “Ofensiva Final”, la cual marca el inicio de la guerra civil salvadoreña. Ante este levantamiento organizado el gobierno recibe una inmediata ayuda del gobierno de EE.UU. con la cual pasan de un reclutamiento de 14.000 a 45.000 hombres, con armamento moderno (helicópteros y armas) con un apoyo monetario que en 1981 fue de US \$35.000.000 y que paulatinamente fue subiendo para llegar a US \$150.500.000 en 1984 (cifra que continuó aumentando en los años venideros de guerra hasta llegar a casi US \$700.000.000) (*La piel...* 115). En 1983 fueron creados los Batallones de Reacción Inmediata entrenados en EE.UU. y en 1986-87 realizan la “Operación Fénix” y “Unidad para Reconstruir”. Con todos estos impulsos el país fue atravesado por una violencia extrema entre el ejército nacional y las guerrillas, realizando masacres masivas de la población. No obstante, la guerra continúa y en 1989 el grupo FMLN se toma San Salvador, momento en el cual la guerra ya se percibe debilitada. Las búsquedas de paz parecen ser una urgencia que se manifiesta en el documento “Acuerdo de Esquipulas II” que sirvió

¹ Oscar Romero, más conocido como Monseñor Romero, llega a El Salvador como obispo el año 1970. Desde sus tempranos oficios en el país dio apoyo a los pobres a través del refugio y protección. En 1977, en pleno conflicto armado, fue nombrado Arzobispo de San Salvador, cargo con el cual su apoyo a los campesinos no cesó. Creó una oficina de defensa de los derechos humanos, refugió a los campesinos, y luchó por la justicia del país. En 1980 fue asesinado por los mercenarios del Estado, pues fue considerado una figura peligrosa, y acusado de ser marxista (sin serlo).

como procedimiento para llegar al fin de los conflictos armados (126). Este acuerdo entre los cinco presidentes de Centroamérica fue apoyado por el grupo Contador (creado en 1983) que lo conformaban México, Panamá, Colombia y Venezuela.

Algunos comentarios sobre el funcionamiento de la violencia

Es difícil concluir de alguna forma estos episodios de una historia de violencia marcada por gobiernos deslegitimados por su misma incapacidad y racismo. Sin embargo, resulta inevitable la reflexión en torno a ella y las formas de funcionar en este contexto azotado por todos los medios imaginables de violencia a comunidades. Para esta reflexión considero los planteamientos de Johan Galtung sobre violencia *Directa* y *Estructural*; tomaré en primer lugar su amplia definición de violencia entendida como “avoidable insults to basic human needs, and more generally to *life*, lowering the real level of needs satisfaction below what is potentially possible” (“Cultural Violence” 229). En su intento por determinar las formas de violencia en las sociedades, considera cuatro tipos de necesidades antropocéntricas que al ser violadas o no consideradas se entraría en el plano de la violencia. La primera es la “necesidades de supervivencia”, que al ser negada conllevaría la muerte del individuo, y en una situación masiva sería exterminio, genocidio, holocausto. La segunda es la “necesidad de bienestar” y su negación daría lugar a la miseria, la explotación, la mutilación. La tercera sería la “necesidad de identidad” y “significados” que se refiere, en su negación, a la alienación, desocialización, segmentación, entre otros. La cuarta es la “necesidad de libertad” que en su negación sería represión, expulsión y marginalización.

Antes de trazar las formas de materialización de la violencia en un texto titulado “Violence, Peace and Peace Research”, Galtung hace la distinción entre *violencia directa* o personal, y *violencia estructural*. La primera de ellas se caracteriza por la visibilidad del actor y la acción violenta, y donde es clara la distinción entre sujeto (quien violenta) y objeto (sujeto violentado) (170-171). Por otro lado, la *violencia estructural* es aquella donde no existe un actor claro que ejecute la violencia y donde la acción violenta se manifiesta de forma indirecta pues está construida

en la estructura social. Esta violencia se manifiesta en formas de poder desigual, en la que los intereses de un grupo se ven mermados por la del grupo empoderado. Esto tendría como consecuencia formas desiguales de esperanzas de vida, tanto materialmente como simbólicamente, situación que ha sido tradicionalmente llamada *injusticia social* (170-171). En este caso la violencia “está presente cuando los seres humanos están siendo influenciados a tal punto que sus realizaciones somáticas y mentales reales están por debajo de la realización potencial” (“Violence, peace...” 168). Philippe Bourgois en “Más allá de la pornografía de la violencia. Lecciones desde el Salvador” toma el concepto de *violencia estructural* del Galtung para hacer un análisis de su experiencia como periodista durante la guerra salvadoreña. Este autor realiza la siguiente síntesis del concepto:

se refiere a la organización económico-política de la sociedad que impone condiciones de sufrimiento físico y/o emocional, desde los altos índices de morbilidad y mortalidad hasta la pobreza y las condiciones de trabajo abusivas y precarias. Su raíz está [...] en estructuras tales como las condiciones desiguales de comercio internacional, y se expresa localmente en mercados de trabajo explotadores, pactos de marketing y monopolización de los servicios (12-13).

Afirma también que este concepto es acuñado en los círculos académicos de Estudios de Paz y Conflictos que emerge en un contexto de guerra fría “para contrarrestar la histeria anticomunista” propagada por las políticas estadounidenses (13).

En esta investigación me propuse cruzar de alguna forma el análisis de la violencia con la historia de El Salvador y Guatemala y, de este modo, entender mejor los mecanismos que subyacieron al proceso histórico y cómo estos mecanismos de violencia se fueron modificando en el tiempo hasta la actualidad. Para ello me tomaré la libertad de abstraer los procesos históricos para acercarlos a los conceptos perfilados por Galtung. A través de una relectura del proceso histórico recién descrito, a modo de panorámica, busco evidenciar algunas de las formas de violencia instaladas en las políticas gubernamentales desde las faltas a las “necesidades humanas”. Para comenzar, resulta inevitable observar la profunda *violencia estructural* basada en una distribución desigual del poder que se manifiesta en la transgresión de las necesidades básicas materiales y

simbólicas de ciertos grupos sociales, en este caso de los campesinos-indígenas, trabajadores y la población en general. Esto se evidencia en la modalidad autoritaria sostenida en el tiempo por los gobiernos, en un comienzo las dictaduras oligárquicas y posteriormente la élite empresarial. Estos, además perpetuaron una relación injusta entre sus intereses y los de los habitantes del país, donde los grupos dominantes perjudicaron ininterrumpidamente los intereses de los grupos campesinos y trabajadores, a su vez que negaron brutalmente a la población la posibilidad de intervenir y manifestarse en contra de los gobiernos. Esta imposibilidad revela la presencia de una *violencia estructural* que a su vez se sirve de la *violencia directa* a través de la fuerza policial y militar. Ambas formas de la violencia estarían abusando de la “necesidad de libertad” y de “supervivencia” para perpetuar el sistema social y los intereses de ciertos grupos. Esto en concreto se observa en la represión de cada intento de manifestación de los grupos sociales, represión que se materializó en matanzas, sino de toda la manifestación, al menos de los dirigentes, llevado al extremo del genocidio, como sucede en Guatemala.

Según Galtung, la inequidad tiende a agudizarse hasta llegar a privar a los sujetos de las condiciones mínimas de subsistencia (177). Esta situación se puede ver a lo largo de los procesos históricos centroamericanos donde se llegó a límites extremos de pobreza y miseria con la desalarización y explotación (entrando en las fronteras de la esclavitud), situación que afectó a más de la mitad de la población. Por último, otro de los procesos que involucró tanto la *violencia directa* como la *estructural* fueron las masivas migraciones involuntarias (o expulsiones) de indígenas, las cuales se enmarcan en procesos de mayor marginalización, a su vez revelando políticas en las cuales los indígenas no eran considerados ciudadanos iguales dentro de los países. Esto se evidencia en el hecho de que apenas en 1985 en Guatemala se declara la existencia de un Estado multiétnico, período en el cual comenzaron a incluirse incipientemente las culturas indígenas en las políticas de Estado, a pesar de que representaban aproximadamente el 60% de la población (*Traspatio...* 38, 21). En esta pincelada por las distintas formas de violencia vemos la dejación o, en palabras de Galtung, el insulto a todas las necesidades primordiales, desde la aceptación de la pobreza hasta la

legalización del asesinato (175). En este caso, la *violencia estructural* se condensa en la de un actor abstracto que la ejerce: la nación. Es en esta macro-institución donde se instalan políticas de violencia, las cuales permiten que los habitantes de este territorio vivan en condiciones deplorables que reducen sus expectativas de vida y sus posibilidades de desarrollo.

La *violencia estructural* tiene un carácter estático y silente, según el autor es “The Tranquil Water” que por encontrarse tan instalada en las prácticas cotidianas deja de ser percibida por los sujetos, persuadidos por su normalización (173). Éstas características la hacen, por lo tanto, resistente al cambio, lo que permite que en los períodos de cambios sociales aparezca como una estructura que impide las transformaciones, y en definitiva, se vuelven un estorbo con su alta capacidad de supervivencia a pesar de los cambios que sucedan en el entorno (175). Este fenómeno se puede observar en los procesos centroamericanos durante la modernización económica, el crecimiento de la ciudad y el aumento de la educación, procesos que generaron importantes cambios en las formas de vida de la sociedad. Éstos permitieron cuestionar abiertamente la inequidad fuertemente instalada, sin embargo, a pesar de la evidencia de las distintas formas de injusticia social, estas se mantuvieron casi intactas, si es que no se agudizaron, como veremos en los períodos posteriores a la guerra. Esta tendencia a la inmovilidad de la inequidad está sustentada por un grupo beneficiado de ella, que cuando ve amenazada la *estructura* buscará los medios para garantizar el estatus quo y, con ello, proteger sus intereses (179). En palabras de Galtung, quienes están más interesados en mantener y defender la estructura, empujarán a sus mercenarios para ello, es decir, movilizarán a la policía, el ejército y grupos armados en contra de las fuentes de disturbio, represión que se materializa, finalmente, como *violencia directa* (179). En Centroamérica, estos procesos de sofocamiento de la insurgencia (hasta el momento no armada) tuvieron como respuesta, al parecer inevitablemente, la organización de grupos sociales que arremetieron con *violencia directa* más o menos organizada, desde las clases medias y bajas, como vimos a partir aproximadamente de los setenta. Finalmente, en este esfuerzo por transparentar el funcionamiento de la violencia, que surge, a su vez, como una reflexión reiterativa, pretendo abrir la observación

sobre los procesos centroamericanos que se comienzan a gestar con las democracias de “baja intensidad” como las llama Torres-Rivas.

Segunda parte. Escenario de posguerra

Tratados de paz y democracias de baja intensidad

Los acuerdos de paz se pudieron llevar a cabo gracias a las incipientes democracias que venían instalándose, que a pesar de su inestabilidad permitieron las conversaciones sobre la pacificación. Los procesos de paz en El Salvador y Guatemala, aunque con elementos similares, se concretan en tiempos diferentes, primero en El Salvador y cuatro años después en Guatemala. Entre los elementos comunes a ambos procesos, destaco tres que rodean los acuerdos de paz; el primero, previo a la firma de los tratados de paz en ambos países, es la creación de instituciones, apoyadas por organismos internacionales (entre ellos la ONU) que instalan el diálogo sobre el respeto a los derechos humanos. En concreto, esto se manifiesta, en El Salvador con la realización en 1991 de la misión de observaciones ONUSAL que buscaba el respeto irrestricto de los derechos humanos. Por su parte, en Guatemala el año 1994 se realiza un acuerdo global sobre los derechos humanos con verificación internacional; se creó para ello la misión MINUGUA. Luego de la instalación de estos mecanismos de regulación sobre el tema de los derechos humanos se abre la posibilidad de un diálogo abierto por la paz. En definitiva, esto abrió camino para que en El Salvador en 1992 se firmara el Acuerdo de Chapultepec por la paz y en Guatemala el año 1996 el Acuerdo de Paz Firme y Duradera. Ambos acuerdos buscan resguardar el cese de la lucha armada.

Sin embargo, estas negociaciones no fueron aceptadas de la mejor forma, pues en el caso de El Salvador fue visto como una maniobra gubernamental en consideración que, previo a los acuerdos de paz, el FMLN ya se había tomado dos veces San Salvador. Por otro lado, en Guatemala la paz se logró más bien por el agotamiento de los grupos armados que se “convencieron de lo inevitable de una salida negociada” (*La piel...* 152). Los procesos de paz en ambos países implicaron dos medidas fundamentales para rearmar los países después de esta abatida historia. Por

un lado, la creación de organizaciones encargadas de develar los crímenes realizados durante los procesos de guerra. En el caso de El Salvador fue la creación de la Comisión de la Verdad y en Guatemala la Comisión para el Esclarecimiento Histórico. Esta última cumplió únicamente la función de establecer cuáles habían sido los hechos criminales sin poder mencionar los autores de éstos. Finalmente, en muchos sentidos estas instituciones resultaron insuficientes debido a la misma impunidad que implicó el proceso. Por otro lado, otra de las medidas fundamentales para lograr la paz al interior de las naciones fue la reducción del ejército, en El Salvador fue de un 50%, sin embargo, los militares implicados no fueron juzgados y gozaron de impunidad. En Guatemala la disminución fue sólo de un 33%, pero también incluyó acuerdos para el desmantelamiento del Estado contrainsurgente.

La insipiente instalación de la democracia caracterizada por gobiernos civiles electos democráticamente (lo cual resulta una novedad para estos países), comienza a mediados de los años ochenta y se instala más directamente después de los acuerdos de paz con la inclusión de nuevos partidos políticos de izquierda. Sin embargo, el período inicial, llamado como la “democracia gris”, se caracterizó por mantener prácticas similares a las que tenían las dictaduras, esto producto del sostenido estado de guerra, entre ellas, matanzas de campesinos y estudiantes, bombardeos a población civil; un caso emblemático fue la matanza de los jesuitas en la universidad de El Salvador que causó revuelo a nivel internacional. Estos escenarios proto-democráticos, a pesar de la turbia conducta de los gobernantes, sientan las bases del poder civil, capaz de negociar el fin del conflicto armado. Posterior a los acuerdos de paz, en El Salvador las consolidaciones democráticas fueron posibles gracias a la aplicación de políticas sociales y reformas en lo judicial, policial y militar. Respecto a esta última, las funciones del ejército cambian, donde la conducta militarista es transformada hacia una defensa de la soberanía, y la policía se enfoca en la seguridad interna para la población civil. Otro de los hitos relevantes de esta democracia en formación fue el hecho de que el FMLN se convierte en un partido político legal que entra a competir en las elecciones presidenciales. Así, en 1994 se realizan las llamadas “elecciones del siglo”, la primera elección

después de las firmas de paz. Esto representó parte importante del proceso democratizador, lo cual se ve reflejado en la popularidad de dicha elección, siendo ésta de gran concurrencia. En ésta sale electo el partido ARENA representante de los grupos de derecha del país, el cual fue reelecto por los cuatro períodos consecutivos. Sin embargo, las últimas dos elecciones, correspondientes al año 2009 y 2014, ha sido el partido del FMLN quien ha ganado dichas elecciones y ha tomado lugar en el gobierno del país.

Por su parte, Guatemala tiene su primera elección proto-democrática en pleno período de violencia, el año 1986. Luego, tuvo una segunda en 1990 donde se evidencia una mayor liberación del poder militar y, por lo mismo, se evidenció un aumento en la participación. En esta segunda elección, el gobierno electo se vio imposibilitado de solucionar por vías constitucionales los conflictos por los que atravesaba el país; este fenómeno es denominado por Torres-Rivas como “ingobernabilidad por arriba”, lo que conllevó a que el presidente tuviese que disolver los problemas al margen de la constitución (153). A modo general, en las posteriores tres elecciones presidenciales –correspondientes a los años 1995, 1999, 2003– fueron electos partidos políticos que respaldan los intereses empresariales, representantes de la élite tradicional y terrateniente, gobiernos sin un programa de cambio claro y que muchas veces pasaron por alto los tratados de paz. Resulta particularmente de interés el caso del presidente electo en 1999, quien fue un ex-militante de la izquierda pero se unió a un partido de derecha el FRG. Éste encabezó una campaña anti-oligárquica que, finalmente, no logró ni fortalecer las instituciones del Estado, ni dar confianza a la población, quien, junto al gobierno, terminó vinculándose al narco-negocio, mostrando una imagen de corrupción y negligencia gubernamental. En el año 2007 sale electo el partido de centro-izquierda, socialdemócrata (UNE). En la siguiente y última elección realizada el año 2011, vuelve a salir electo un representante del Partido Patriota –grupo de derecha del país–; este presidente fue el primer militar electo popularmente desde el inicio de la democracia en Guatemala (y reelecto, pues este sería su segundo período de presidencia).

Estos gobiernos democráticos, en ambos países, se encuentran hasta la actualidad consolidándose y buscando asentar una cultura menos autoritaria, rasgo que ha caracterizado los gobiernos desde que se conformó la nación. La democracia en ambos países ha tenido sus serias dificultades que se han intentado subsanar a lo largo de los años, entre ellas, su baja representatividad. Estas democracias no se caracterizaron por ser fraudulentas, sin embargo, la población votante es muy baja y las cifras muestran que con los años, al menos durante los noventa, fueron disminuyendo aún más. A su vez, estas democracias se caracterizan por ser muy polares, y su extremismo hace recordar los años de guerra. Por lo mismo, el débil apoyo popular y el desinterés ciudadano es interpretado como un cansancio producto del conflicto o, también, como producto de una incapacidad de generar ciudadanía en condiciones de extrema pobreza. A su vez, a pesar de las promesas de los distintos gobiernos en ambos países, las instituciones básicas, como la salud, la educación y las condiciones laborales, no han logrado mejorarse de forma definitiva. Por otra parte, las búsquedas por subsanar los crímenes realizados durante la guerra son temas que hasta hoy en día están en el debate jurídico, como por ejemplo, a través de la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala, creada el 2006.

Neoliberalismo y nuevas formas de violencia urbana

La conclusión de los conflictos armados permitió una redistribución de los gastos de gobierno, no ya para la combatir a las guerrillas, sino esta vez, para reconstruir lo que la guerra civil había devastado. En concreto esto implicó el esfuerzo por recuperar la infraestructura destruida y reenfocar el gasto hacia lo social. Sin embargo, muchos de los ingresos del país eran producto de ayuda externa (internacional) que luego de los acuerdos de paz se reducen. Sumado a ello, el ritmo de la actividad económica que ya había disminuido durante la guerra, al final de ésta se hacían patentes sus consecuencias: la crisis económica. Ésta dejó en evidencia la fragilidad de la organización social, donde más de un 50% de la población se encontraba en condiciones de pobreza y extrema pobreza. En este contexto es que se comienza a instalar una nueva visión estratégica de la

economía que propulsó una mayor integración a la economía internacional. Esto se manifestó en la apertura de los mercados locales y la exportación no tradicional con nuevos productos. A su vez, se implementaron reformas para acotar la intervención estatal en la economía, al mismo tiempo que se contrajo el gasto estatal. Esta contracción se manifestó en el congelamiento del gasto social, despido masivo de empleados y la eliminación de subsidios. Finalmente, se privatizan las pocas empresas públicas, lo que en definitiva se evidencia como una política neoliberal impulsada con las influencias de Estados Unidos.

Todos estos cambios generados por los nuevos gobiernos democráticos se insertan en un contexto ya marcado por la segregación social y la pobreza, donde aproximadamente dos tercios de la población se encuentran en condiciones de pobreza, y la mitad de ellos se encuentra en la urbe. La ciudad, que adquirió nuevas dimensiones, evidencia los problemas sociales del nuevo escenario, entre ellos y uno de los más graves, el alto índice de desempleo. Esta situación generó dos grandes respuestas como solución por parte de la población, por un lado, el fenómeno del “autoempleo” y por otro, la emigración a los países vecinos. El fenómeno del autoempleo o empleo informal surge como una amortiguación al poco dinamismo en la creación de puestos de trabajo formales; este tipo de trabajos se caracterizan por ser de baja productividad, de subsistencia y, finalmente, por tener bajos ingresos. Paradójicamente, la mayor cantidad de empleos creados son los de baja productividad o informales, lo cual aumenta la brecha entre los grupos que acceden a uno u a otro tipo de empleo, generando una desigualdad que oscila entre un 300% y un 500% en la diferencia de salarios. Por otro lado, la otra respuesta generada es la emigración en busca de mejores oportunidades laborales, principalmente hacia México y Estados Unidos. Hace ya varias décadas grandes masas de pobladores de El Salvador y Guatemala han emigrado para abastecer a sus familias con las remesas de dinero; éstas, durante los noventa, fueron aumentando hasta llegar a convertirse en el 20% del ingreso país, en 1990 de US \$520.000 pasó en 1998 a US \$2.200.000.000.

El problema de las escasas posibilidades laborales y ocupacionales es que afectan principalmente a los jóvenes que en busca de trabajo, presentan un alto nivel de deserción escolar

para poder trabajar y que, sin embargo, el acceso a un trabajo muchas veces parece una tarea imposible. Esta situación, sumado a un contexto cada vez más mercantilizado, donde muchos de los ingresos de las familias se destinan en las grandes tiendas transnacionales (instaladas principalmente en El Salvador), genera un fenómeno que preocupa profundamente a la ciudadanía: la delincuencia urbana. Roberto Briceño-León realiza un exhaustivo análisis sociológico de la violencia urbana actual en Latinoamérica, y en especial de la delincuencia como su forma primordial. En su análisis sobre ésta, sostiene que existe una “inflación de las expectativas” generada por la televisión y publicidad, que ponen al sujeto en contacto con una realidad que está lejos de poder acceder. Esta imposibilidad generaría la *violencia directa* como un medio para acceder a estos bienes:

El proceso de homogeneización e inflación de las expectativas [...] ocurre al mismo tiempo que se detienen el crecimiento económico y las posibilidades de mejoría social y se produce un abismo entre lo que se aspira como calidad de vida y las posibilidades reales de alcanzarla [...] esta disonancia que se le crea al individuo entre sus expectativas y la incapacidad de satisfacerlas por los medios prescritos por la sociedad y la ley, son un propiciador de la violencia, al incentivar el delito como un medio de obtener por la fuerza lo que no es posible lograr por las vías formales. (“La nueva violencia urbana...” 17-18)

La desigualdad se hace palpable para los jóvenes de estos países gracias a los medios de comunicación masivos, con lo cual el descontento y la desesperanza se convierten en materia común. La desigualdad -producto de la perpetuación de las formas de injusticia social que genera, a su vez, nuevos procesos de empobrecimiento- es “lo que origina la violencia urbana” como plantea Briceño-León (15). La respuesta social de estos grupos que disponen de armas (luego de la guerra), se expresa en la *violencia directa* hacia la población en forma de delincuencia. Sin embargo, a pesar de que la clase media y alta se ve afectada, los más perjudicados con la delincuencia son la gente de más escasos recursos: “quienes verdaderamente padecen la violencia, y en particular la violencia más intensa o letal, son los pobres mismos, víctimas y victimarios en este proceso” (15).

Estas ideas se enlazan con el planteamiento de Galtung que entiende la violencia desde la disonancia entre las esperanzas de realización y la realización fáctica. Esta situación se vería radicalizada en el nuevo escenario económico que ha mantenido el nivel de pobreza respecto a las

décadas anteriores, como evidencia un estudio realizado por el Banco Mundial el 2001 que afirma que en Guatemala “más de la mitad de la población” y en El Salvador casi el 50% de ella “vive con menos de un dólar por día” (“La nueva violencia...” 19). No obstante esta constante, las desigualdades económicas han aumentado. En este sentido, se observa que la injusticia social no se ha logrado subsanar a pesar de los intentos de las luchas armadas que al parecer tuvieron como uno de sus pocos logros la integración de los partidos políticos de izquierda al aún insipiente sistema democrático. Sin embargo, las formas en que se manifiesta esta injusticia se han transmutado; esta transmutación ha hecho que *los tradicionalmente claros actores que mantenían la estructura de violencia, en la actualidad, se difuminen a través de las macroempresas transnacionales, sumado a una democracia que tiene pocas posibilidades de revertir las instaladas formas de injusticia social.*

Finalmente, quisiera cerrar esta segunda parte con una reiteración en la reflexión sobre distintas formas de violencia, pues no sólo la *violencia estructural* se mantiene o agudiza sino que también la violencia directa. Esto lo revela Briceño-León cuando afirma que en El Salvador entre 1990 y 1995 la tasa de homicidios aumentó de “72 a 139 por cada cien mil habitantes”, lo que evidencia que se registraron “más muertes en la calma de la paz que en las tormentas de la guerra”. Con estas cifras se evidencia la emergencia de una “nueva violencia urbana” que no ha podido ser resuelta hasta hoy (“La nueva violencia urbana” 13). Esta *violencia directa* actual encuentra sus raíces en los años de guerra, por un lado, de parte del Estado que utilizó medios sanguinarios para mantener el *statu quo*, por otro lado, como respuesta a las medidas estatales por parte de la población afectada, que se defienden a través de la lucha armada, justificada desde una base ideológica en busca de revertir la estructura inequitativa. Esta historia dejó sus marcadas consecuencias en la sociedad de posguerra, entre ellas, que se aceptó el uso de la *violencia directa* dentro de la cultura como un medio para sobrevivir a la precariedad.

La caída de los ideales de guerra, no trajo consigo la del armazón de guerra, situación que también tiene sus consecuencias concretas: la trasmutación de la guerra en delincuencia (en la mayoría de los casos organizada) con gravísimos efectos para la población civil. Entre la compleja

red de delincuencia, quisiera mencionar las pandillas de barrio que surgen como un medio para defender a las comunidades de otros grupos violentos y que degeneraron para conformarse como pandillas transnacionales o “maras”², que en la actualidad se encuentran inmiscuidas en los negocios del narcotráfico entre los países del territorio mesoamericano con Estados Unidos. Esta situación, en definitiva, muestra que en el panorama actual los límites entre grupos de poder, grupos armados de posguerra, sujetos empobrecidos y la policía se vuelven cada vez más difusos producto de su colaboración mutua y corrupción dentro del nuevo escenario económico-político que, al mismo tiempo, exagera las relaciones de violencia tanto *estructural* como *directa*.

² Las “maras” surgen de los grupos inmigrantes de salvadoreños en Estados Unidos, como una forma de protección frente al contexto de discriminación. Estos grupos inicialmente fundados con el fin de generar lazos de apoyo entre inmigrantes se fueron volviendo violentos para generar mayor protección dentro de las condiciones desfavorables de los inmigrantes ilegales. Estos grupos al tornan cada vez más violentos, hace que sus integrantes sean deportados. En estos procesos de deportación es que se instalan en los países de origen absorbiendo las organizaciones ya existentes: las pandillas barriales, de este modo se van conformando las pandillas transnacionales que en los últimos años han crecido en todo centroamérica. Entre ellas las más importantes son la Mara Salvatrucha y Barrio 18 (“Las pandillas transnacionales o ‘maras’: violencia urbana en Centroamérica” 637-659)

Capítulo II. Tránsitos de la palabra: entre testimonio y ficción

En este segundo capítulo me propongo hacer una breve panorámica de las formas literarias predominantes en Centroamérica y especialmente en El Salvador y Guatemala, durante el período comprendido entre las épocas de la guerra y posguerra. Quisiera analizar el tránsito y las nuevas reflexiones respecto a la literatura que surgen en el contexto de la desactivación militar y los acuerdos de paz. Para referirse a estas reflexiones es indispensable indagar en la literatura producida principalmente durante los años de guerra y de este modo comprender el proceso literario al que responden las tendencias literarias actuales. En concreto revisaré algunas discusiones teóricas sobre el *testimonio* o literatura testimonial, las cuales serán fundamentales para entender la literatura posterior a su auge. Luego, presentaré algunas propuestas críticas que revisan el tránsito hacia la ficción o una nueva subjetividad; finalmente, analizaré dos novelas dentro del marco de las preguntas en torno a la ficción, una escrita desde El Salvador y otra desde Guatemala. En este recorrido, sin embargo, no me gustaría perder de vista un aspecto transversal a todo el proceso, no sólo histórico, sino también literario, que es el de la violencia. La violencia aparece inscrita no sólo como temática sino como factor movilizante de la transformación de las formas de *escritura*, como veremos en este capítulo.

Primera parte. Devenires en la literatura durante la guerra centroamericana

El testimonio o literatura testimonial ha sido uno de los aspectos centrales en los estudios críticos latinoamericanos y, por cierto, objeto de gran controversia; esta forma escritural ha sido interpretada y reinterpretada desde distintas academias, donde hasta hoy, al parecer, no hay un consenso cerrado al respecto. En palabras de Beatriz Cortez: “nunca se ha llegado a un acuerdo respecto a la definición de testimonio” (*Estética del cinismo* 47). Por lo mismo es una temática difícil de abordar en su totalidad y en consideración a los objetivos de este trabajo, solo me detendré en algunas discusiones para evidenciar las tensiones que en torno a la literatura testimonial se han

generado, sin intención de llegar a alguna nueva conclusión al respecto. Para iniciar la discusión seguiré la argumentación de uno de los principales exponentes teóricos del (sub)género, me refiero a John Beverley y en particular a su libro coescrito con Marc Zimmerman *Literature and Politics in the Central American Revolution*. En esta obra los autores realizan un estudio de las distintas formas literarias y testimoniales; para ello definen las características de lo que ellos consideran como un nuevo género “posficcional”.

A grandes rasgos, la forma testimonial es entendida desde un proceso de producción particular que se constituye en una relación entre un o una testimoniante y quien transcribe su experiencia narrada. Este, quien desde la oralidad narra su experiencia en relación a una comunidad, se encuentra de algún modo incapacitado para escribir (iletrado) o publicar él mismo (*Literature and Politics* 173). El transcriptor o más bien llamado compilador/autor, normalmente es un intelectual o un letrado con acceso al campo cultural (más adelante comentaré las tensiones y límites de esta relación). En términos formales la literatura testimonial se caracteriza por tener la extensión de una novela, estar contado en primera persona por un narrador que es el protagonista o testigo de los hechos que narra (173). Según Beverley/Zimmerman “each testimonio evokes an absent polyphony of other voices”, es decir, que el narrador del testimonio habla por o en nombre de una comunidad o grupo, refiriéndose a una situación colectiva social problemática, y es por ello que los autores lo llegan a definir también como una forma de narrativa épica popular-democrática, en la cual el héroe se posiciona igualitario y democrático en relación a la comunidad (174-175). Sin embargo, esta definición tan depurada del género no permite apreciar las complejidades y matices dentro de las producciones, como afirma sobre el testimonio Werner Mackenbach: “[es] un género altamente complejo basado en una diversidad de tradiciones literarias”, por lo que se hace indispensable revisar muchos de sus aspectos canonizados (“Realidad y ficción” 38).

Sin querer ir más lejos en las cuestiones sobre cómo definir testimonio, me interesa rescatar el contexto desde el cual surge esta “narración de urgencia” como la denominan Vidal y Jara, quienes sostienen que el testimonio involucra problemas de represión, pobreza, subalternidad,

explotación o simplemente la lucha por sobrevivir (*Testimonio y Literatura* 3). Ileana Rodríguez, por su parte, ha observado que el testimonio surge como una literatura de resistencia a la hegemonía y que refleja la cultura popular, a su vez que “no sólo relatan estrategias de resistencia; son en sí mismas una de estas estrategias” (“Organizaciones populares y literatura testimonial” 85-96; “Cárceles clandestinas: interrogación, debate y diálogo en El Salvador” 125). Esto se corrobora en las temáticas de las producciones testimoniales entre los setenta y ochenta que en la mayoría de los casos narran eventos de violencia directa ejercida sobre las comunidades o en personas dentro de las cárceles. Así vemos que uno de los primeros surgimientos del testimonio se puede encontrar en la narrativa de Roque Dalton y su *Miguel Mármol* (1971), obra en que se narra la historia de Mármol, uno de los sobrevivientes de la Matanza de 1932, comentado en el capítulo anterior. De esta manera, existe una variedad de obras más o menos “puras” del género (como ha sido definido por Beverley), y entre ellas la más famosa y controversial es la de Rigoberta Menchú *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la consciencia*. Ésta relata la crisis de las tradiciones indígenas en su comunidad producto de las distintas formas de violencia y opresión por parte del Estado que se llevaron a cabo desde los setenta hasta mediados de los ochenta. Esta violencia de parte del Estado, como ya vimos en el capítulo anterior, fue producto del choque de intereses de los grupos de poder con las comunidades indígenas (*Literature and Politics* 202). Finalmente, el contexto desde donde surge el testimonio se caracteriza por una constante *violencia directa* permitida desde una estructura desigual que materializó los abusos en actos de genocidio y de marginación sobre la población rural-indígena. Ante esto, se ha pensado que el testimonio surge como una necesidad, y como una forma de resistencia, dentro de esta situación de urgencia, así lo afirma Beverley / Zimmerman:

there are experiences in the world today that cannot be adequately expressed in forms like the novel, the short story, lyric poetry, or autobiography [...] which would be betrayed or misrepresented by literature as we know it (178).

Beverley/Zimmerman consideran que las implicancias de estas obras testimoniales en la literatura son radicales, cuando afirman que el testimonio cuestiona la institución literaria misma, como una forma de clase, género y violencia étnica, entre otras razones, producto de la relación

entre el sujeto subalterno y el intelectual (177). Este género permite la entrada a la literatura de personas que normalmente están excluidas de la expresión literaria y que, por lo mismo, son representados por un profesional-intelectual para entrar al campo literario (175). Ello implica a su vez un quiebre con la concepción de autor como héroe en la literatura occidental (patriarcal y elitista), donde el autor pasa a ser un compilador o gestor, lo cual implicaría en la producción del texto un control de la representación desde las dos partes involucradas. En palabras de los autores: “the relation narrator and compiler [...] as a powerful ideological figure or symbol of the union of a radicalized intelligentsia with the poor and working masses of a country” (176-177). Al respecto, en “Después de los pos-ismo, ¿desde qué categorías pensamos las literaturas centroamericanas contemporáneas?” Mackenbach plantea que “las instancias narrativas narrador/testimoniante y autor/compilador está muy lejos de ser una relación armónica/simbiótica”, pues “la reconstrucción del ‘otro’, el subalterno [...] [está] sobredeterminada por los intereses, ideologías y el acceso del letrado/compilador al campo literario-político” (16). A su vez, en este vínculo se evidencia la no menos problemática y conflictiva relación “Primer Mundo/intelectuales/teoría/discurso testimonial” y “Tercer Mundo/subalternos/práctica/texto testimonial” (17). Esta crítica se hace más aguda en *Estética de Cinismo* cuando Beatriz Cortez dialoga con la cuestión planteada por Gayatri Spivak sobre la posibilidad de representación del subalterno en los estudios poscoloniales. Cortez comenta “la imposibilidad que tiene el intelectual de occidente de contar con la transparencia ideológica que dice tener”. En palabras de Spivak “el intelectual primermundista disfrazado como el ausente no representante que les permite a los oprimidos hablar por su propia cuenta” revela en sí mismo una violencia epistemológica (citado por Cortez en *Estética...* 54-55). Este problema se ha ampliado y sigue en boga hoy con nuevos y variados matices que van complejizando la cuestión sobre el testimonio, donde incluso el mismo Beverley ha reformulado alguno de sus puntos.

La relación entre historiografía y literatura se encuentra también tensionada dentro de los estudios del testimonio, ya que se ha considerado al testimonio más cercano a la historia, inclusive negando su carácter ficcional, debido a su especial relación con la realidad extratextual. El

testimonio se ha entendido “como documento metafórico de la versión extraoficial, comúnmente silenciada por los organismos de la historia”, según Carlos Narváez en *Manlio Argueta y la (re)escritura de la historia salvadoreña* (114). Inclusive en *La nueva novela centroamericana*, Magda Zalava sostiene que “El lector sabe que no está sólo frente a un producto de la imaginación, sino ante una forma de registro de la historia real” (256). Por su parte, Beverley/Zimmerman sostienen que “to subsume testimonio under the category of literary fictionality is to deprive it of its power to engage the reader in the ways indicated, to make of it simply another form of literature” (177). Esta posición respecto al género extrema el valor histórico de esta literatura en busca de un “rescate de la memoria colectiva y la comunicación de la historia oculta”, sin embargo se hace necesario cuestionarla en consideración de las transformaciones del discurso historiográfico como plantea Mackenbach en “Realidad y ficción en el testimonio centroamericano” (*La nueva novela...* 260). Mackenbach sostiene que “un problema clave del discurso testimonial: [es] la relación entre ficción y realidad/historia real”, postura desde la cual plantea que existe una relación privilegiada entre testimonio y la realidad extraliteraria, más allá de las posibles problemáticas que ello implique (como la que planteó David Stoll³); pese a ello, no se le puede quitar el carácter ficcional al texto testimonial (38, 46-49). Las nuevas cuestiones sobre la historiografía harían desaparecer o borrarían los límites entre el mundo ficcional y el mundo real, por lo que se hace imprescindible entender el testimonio como un texto híbrido, donde “existe una línea tenue entre la verdad y la ficción, la ética y el arte, lo histórico y lo mítico”, como dijo Linda Craft en “Al margen de la función testimonial en dos novelas recientes de Manlio Argueta” (88). Mackenbach argumenta que esto se debe principalmente a que lo narrado “no es un mero reflejo de lo real, sino un producto de la organización, configuración y creación de un texto construido desde la base de los acontecimientos históricos, determinado por las convicciones estéticas y políticas del autor” (recuperando la postura

³ Aunque lo que planteó Stoll en su verificación de los hechos y relatos de Rigoberta Menchú no modifique la relevancia y valor de su testimonio, como demuestra Beatriz Cortez, sí incentivó las reflexiones que ya se venían dando dentro de la crítica y cuestionó en ciertos públicos el texto de Rigoberta Menchú (76-87).

de Zavala)(“Realidad y ficción...” 39). Con ello concluye que “hay que despedirse para siempre de las pretensiones de un discurso político-ideológico que ha caracterizado el testimonio como expresión directa e inmediata de la ‘verdad’ o ‘la realidad’” (39).

Quisiera cerrar esta síntesis de algunos aspectos del debate teórico sobre el testimonio, con una auto-crítica hecha desde la institucionalidad literaria, crítica realizada específicamente a las academias de Norte América y Europa involucradas en estos estudios. Incluyo la cita de Georg Gugelberger en *The Real Thing* “We wanted to have it both ways: from within the system we dreamed about being outside with the ‘subaltern’; our words were to reflect the struggles of the oppressed. But you cannot be inside and outside at the same time”, afirmando a su vez que “The desire called testimonio was the desire called Third World literature” (1-9). Concluye con la reflexión afirmando que la canonización de este género fue justamente lo que lo destruye: “how this movement from an authentic margin has been betrayed by inclusion in the Western canon, which can be considered as yet another form of colonization” (13). Este proceso de canonización tuvo consecuencias directas en los espacios disponibles para la producción de otros géneros literarios, en especial la ficción narrativa. Sin embargo, este rechazo a la ficción tal como lo analiza Horacio Castellanos Moya, escritor salvadoreño, y que retoma la crítica Beatriz Cortez, no se debe únicamente a la canonización desde la academia (estadounidense principalmente). Esta canonización del género se produce también en la cultura revolucionaria misma, pues ella le asignó a “la producción artística” y en específico, en la literatura, a la ficción “el estigma de la traición” (*Estética...* 26). Cortez en su análisis continúa afirmando que dentro de los movimientos revolucionarios “La ficción con frecuencia fue vista como un instrumento de evasión, como una forma de alienación de la urgencia de la realidad centroamericana” (26). Esta visión arraigada a la lucha armada es transformada durante el período de posguerra y es este hecho uno de los que marca el tránsito hacia una nueva sensibilidad.

Segunda parte. Literatura de los noventa, ¿una nueva narrativa?

En un temprano estudio sobre la narrativa de los ochenta y comienzos de los noventa, Mackenbach identifica un cambio de paradigma en las novelas desde las cuales se disloca la tradicional “correspondencia entre realidad extraliteraria y mundos literarios”, las cuales “presentan elementos autorreferenciales y metatextuales sobre su carácter ficticio-literario” (“Realidad y ficción...” 49, 45). A su vez, observa que “El pasado ha perdido su estatuto indiscutible; está sujeto a la crítica, el razonamiento (en contraposición a la glorificación casi religiosa), la parodia, el pastiche, el humor” (30). Esto revela, entre otros procesos epistemológicos, la pérdida de la fe en *una* verdad histórica “abandonando la aseveración de representatividad en nombre de los subalternos y recuperando su anhelo de literariedad (49). Estos cambios en el campo literario que posibilitan una “nueva complejidad” discursiva son entendidos en relación al contexto histórico y político a partir de los noventa, el cual se caracterizó por el (comienzo del) fin de los proyectos revolucionarios y la pérdida de las grandes utopías en condiciones de un proceso de globalización (Entre política, historia y ficción...1; 25). Esta aclaración que hace Mackenbach desde la academia, comienza a integrarse y manifestarse como una interrogante dentro de la narrativa, por los escritores de la época, con nuevas preguntas sobre los alcances de la ficción.

En *El arte de ficcionar* Alexandra Ortiz Wallner plantea una postura similar cuando afirma que a partir de finales de los años ochenta y la década de 1990 se “configura una multiplicidad de tendencias y de propuestas en la novelística”, es decir, en la producción narrativa literaria se “evidencia la reemergencia de la novela y de manera aún más aguda de un ‘arte de ficcionar’”, con lo cual se desplaza al testimonio (85). Cuando la autora utiliza el concepto de “arte de ficcionar” me trae a la memoria un ensayo de Castellanos Moya, en el cual el escritor hace una crítica a la injustificada “actitud de desprecio al arte de ficcionar” generalizada durante la situación de guerra (“De historia, ficción y lenguaje” 68). Esta correlación por supuesto que no es arbitraria, la propuesta de Ortiz Wallner evidencia el intento de la época por resignificar el concepto de ficción.

En palabras de esta autora: “La narrativa que rompe con las convenciones testimoniales se va a nutrir de las mismas para dar lugar a otras formas textuales híbridas en cuyo centro se ubicará la recuperación del anhelo de literariedad”, ello lo realizan a través de la apropiación y resemantización (*El arte de ficcionar* 76-77). Esto implica la ruptura con “el carácter representativo-simbólico-mítico del testimonio” para dar paso a la individualización y particularización de las experiencias narradas (79). Este proceso de transformación de la narrativa está vinculado al “agotamiento del modelo canonizado de la literatura testimonial el cual coincide con la finalización de los conflictos armados en Centroamérica” (77).

Otro de los aspectos que comienza a sufrir transformaciones en la narrativa a partir de los noventas es la concepción de la violencia. En “Entre política, historia y ficción” Mackenbach hace un breve recuento de las formas en que se resignifica la violencia en el contexto de posguerra. Ésta, en la literatura centroamericana y latinoamericana, ha ocupado un lugar privilegiado debido a “su persistencia [en las] manifestaciones estéticas”, “a lo largo de diversas fases de la historia literaria [...] donde es incluso posible hablar de un dominio de la violencia como manifestación estética” (14). Sin embargo, las formas en que se significa la violencia han variado en los distintos períodos socio-culturales, donde, durante la guerra, fue entendida desde la polaridad de los dominantes contra la población. En este contexto, la violencia surge como legítima defensa de los oprimidos por la lucha de sus derechos; es desde esta lucha armada que “debía nacer el ‘hombre nuevo’ de la nueva sociedad, en donde la evocada pujanza e invencibilidad de la lucha armada se trasforman en un nuevo mito” (15). No obstante, esta concepción comienza a agotarse al mostrarse el “lado oscuro de la lucha armada” al mostrar los crímenes de la misma, como veremos más adelante en *La diáspora*; aparece, por lo tanto, “una violencia despojada de un sentido político-ideológico y sin justificación ético-moral alguna” (16-17).

Por su parte, Cortez plantea que esta nueva narrativa centroamericana, a pesar de las dificultades que se tienen para aglutinarla en categorías cerradas, “pinta un retrato de las sociedades centroamericanas en caos, inmersas en la violencia y la corrupción” (27). Con esto se abre la idea

de una violencia urbana y mucho más individualizada, donde la literatura significó la violencia desde las consecuencias de ésta sobre las relaciones entre personas (“Entre política, historia...” 20). Cortez afirma que la narrativa de posguerra “explora la vida en el espacio urbano y, dentro de este espacio, el ámbito de la intimidad”; en este movimiento hacia la ciudad hace “un retrato desencantado de la vida” en dichos espacios, con lo cual “busca lograr algo que el testimonio también pretendía: poner en evidencia la inexactitud de las versiones oficiales de la realidad centroamericana” (*Estética del cinismo* 27). Con esta afirmación volvemos al cuestionamiento de la Historia presente en el testimonio, desde el cual se pretendía decir la verdadera historia de los grupos subalternos, sin embargo, con la ficción, en el contexto de la caída de los grandes relatos, se intenta relativizar todo intento de cristalizar una única verdad.

Tercera parte. Un nuevo escenario cultural y la urgencia de la ficción

En este contexto en transformación se comienza a abrir espacio a una nueva forma de entender la literatura en relación a las posibilidades y alcances de la ficción desde Centroamérica y sobre la literatura centroamericana misma. Este ejercicio lo realizan escritores e intelectuales *locales* a través de ensayos con atisbos de un carácter de manifiesto, como lo vemos en “El derecho a la ficción” del intelectual salvadoreño Ricardo Roque Baldovinos, quien intenta justificar la ficción frente a los postulados de la tradición centroamericana: “la ficción resulta responder a una necesidad antropológica y no a un simple lujo de ociosos” (151). Esta tradición centroamericana nos la revela Castellanos Moya cuando critica el prólogo de la famosa obra testimonial *Las cárceles clandestinas*, prólogo en el cual se sostiene que “buena parte [de la experiencia de la guerrilla] ha sido deformada en su esencia, al ser elaborada por los intermediarios intelectuales izquierdizantes, que la ajustan no a las necesidades de la revolución, sino a las de la ficción”; Castellanos Moya afirma que esta visión es generalizada al interior de los grupos guerrilleros haciendo un fuerte crítica que veremos más adelante (“De historia, ficción y lenguaje” 64). Roque Baldovinos continúa afirmando que no basta con “consignar la experiencia social” como lo hizo la “literatura llamada

testimonial o comprometida” que olvidó “lo específico del trabajo literario” (154). La literatura, entonces debería hacerse cargo de su especificidad: “la transformación de la materia prima social en forma artística” (155). Finaliza su ensayo con una afirmación llena de promesa:

Por eso creo que el derecho a la ficción, que no es otra cosa que el derecho a la imaginación y a la libertad, debe defenderse con decisión. No sólo pensando en los artistas y sus deseos legítimos de expresión, sino desde una perspectiva de los pueblos y su derecho a la esperanza (155).

Horacio Castellanos Moya propone un “final” menos esperanzador que analizaré a través de su obra *La diáspora*, haciendo un paralelo con su ensayo “De historia, ficción y lenguaje” (ambos parte de sus primeras producciones). En esta propuesta pretendo poner énfasis en la reflexión de Castellanos Moya sobre el nuevo lugar del intelectual y de la ficción en el contexto de posguerra. Esto en consideración de la lectura realizada por Ortiz Wallner quien considera que esta primera novela de Castellanos Moya, publicada en 1988, representa la ruptura con la tradición narrativa de la década de 1960 a 1990 dominada por el testimonio (*El arte de ficcionar* 69). La autora afirma que “*La diáspora* va proporcionando indicios de un cambio, de un desplazamiento” en la producción literaria desde la ficción, que busca, en cierta medida, “deconstruir, superar o resemantizar el espacio narrativo del testimonio” (*El arte de ficcionar* 81). Ortiz Wallner plantea que esto lo realiza tanto en las dimensiones temáticas de la obra como a nivel formal; respecto a lo formal, interpreta que la existencia de un relato fragmentado por medio de distintos personajes representa la incapacidad de generar una visión de colectividad, en sus palabras: “[a través de] una situación de desamparo y quebranto, psíquico, ideológico y corporal, la novela representa la producción de una subjetividad en la que ya no es posible identificar la expresión de una colectividad” (75). La fragmentación del discurso dentro de la novela, donde el suceso es narrado desde distintas perspectivas, sin embargo, son todas personales, se distanciaría de lo que “era considerado propio de la narrativa de los procesos revolucionarios y sobre todo del testimonio” (75). Por otra parte, la novela trastoca los “acontecimientos históricos de la realidad social extraliteraria”, pues incluye el acontecimiento histórico de la muerte de dos comandantes de la

revolución, no obstante, los transforma en ficción a través del relato con personajes ficticios (75). Esta decisión literaria genera una escisión respecto a la tradicional relación con la historia presente en el testimonio y su afán de representación.

Respecto a lo temático, Ortiz Wallner sostiene que *La diáspora* “esboza y critica una comprensión específica de la idea de revolución en tanto concepción dogmática de lo político” (67). Esto se manifiesta en la obra tanto en su argumento como en la *textura* de lo narrado, como lo se ve en la siguiente cita de la obra: “La revolución salvadoreña tiene una manera peculiar de devorar los cadáveres de sus grandes hombres controvertidos: a escondidas” (*La diáspora* 143). Esta afirmación la hace a propósito del asesinato realizado por los mismos compañeros de guerrilla de los tres “mitos” de la izquierda mencionados en la novela: los dos comandantes de la guerrilla, Ana María y Marcial, y el poeta Roque Dalton. Finalmente rescato, de la lectura de Ortiz Wallner, la siguiente reflexión sobre las búsquedas de *La diáspora*: “[esta obra] fisura aquella visión positiva y utópica de los procesos armados que predominaba en la narrativa revolucionaria y testimonial centroamericana”, a través de “La desmitificación – desde su mismo interior – [...] y con ello [realiza] el ejercicio de una profunda crítica al discurso revolucionario y a la izquierda latinoamericana” (72). Dicha crítica es la que me interesa analizar por medio de la figura problematizada del intelectual, la cual servirá, a su vez, para integrar las reflexiones de Castellanos Moya respecto a la ficción y la literatura; finalmente, esto permitirá entender a *La diáspora* como una novela *autoreflexiva* en este nuevo contexto.

En el artículo “Entre política, historia y ficción...”, Mackenbach afirma que la literatura se convirtió en “un arma en la lucha por la liberación (nacional)” durante los setenta y ochenta (7). Desde esta noción de la producción literaria, se erige la figura del “poeta-guerrillero” como la figura central dentro de la “simbiosis del intelectual/escritor y el político/jefe de Estado”, simbiosis que se ha ido gestando no sólo en Centroamérica sino también en el contexto político-cultural de toda Latinoamérica a través de la historia (7). Castellanos Moya reconoce también esta figura y la problematiza en *La diáspora* respecto al proceso cultural salvadoreño a través del poeta-guerrillero

por excelencia Roque Dalton⁴. La novela lo califica como un: “paradigma nacional, el hombre que encarnaba la síntesis de la creación literaria y el ensayo político, de la práctica a la teoría revolucionaria” (146). Sin embargo, el asesinato del poeta Roque Dalton cuestiona la posibilidad de que esta figura pueda seguir existiendo dentro en la guerrilla, en otras palabras, con la muerte de Dalton muere también la figura del poeta guerrillero:

¿cómo hacer creer a los alumnos, de aquí en adelante, que el escritor debía mantener un compromiso político, una militancia revolucionaria, tal como planteaban las tesis en boga?, ¿qué hacer ahora con el arquetipo del poeta guerrillero [...] que cae en combate con las fuerzas represivas, cuando a Dalton lo habían asesinado sus propios compañeros?, ¿cómo seguir propagandizando ese ideal, que encarnaba Dalton, de la fusión de la vanguardia artística con la vanguardia política? (146).

Por su parte, Mackenbach anuncia el fin de esta figura, aunque un poco más tarde que Castellanos Moya. El teórico plantea que “el poeta-guerrillero se convierte en una figura obsoleta”, “con el fin del proyecto sandinista y de los movimientos revolucionarios”. Esto trae como consecuencia también la muerte de la concepción de la literatura “como arma cultural en la lucha por la liberación y en tanto práctica hegemónica como testimonio”, es decir, se vive “el final de una ficción, la ficción de la simbiosis entre literatura y política” (“Entre política, historia y ficción...” 9). A pesar del tono pesimista del crítico, resulta relevante cómo une la figura del poeta-guerrillero con la preeminencia del testimonio como género, situación que enlaza directamente con la propuesta literaria del Castellanos Moya que busca reposicionar la ficción en la literatura.

Es decir, con la muerte de dicha figura en el contexto salvadoreño se escinde la relación entre intelectualidad y militancia política-armada, lo que genera un remesón en el género testimonial que se basaba en la relación entre intelectual y lucha armada, para abrir paso a la ficción. Castellanos Moya, en el ensayo ya citado, hace otra crítica a la cultura de la guerrilla y su concepción dogmática de la literatura. Esto se evidencia al referirse a la mala costumbre de Cayetano Carpio, “olvidado padre de una generación de revolucionarios, quien cada vez que quería

⁴ Roque Dalton es uno de los principales poetas de la tradición literaria salvadoreña. Fue considerado uno de los precursores de la literatura del país, y por cierto, de los primeros expositores del testimonio. En 1975, período en el cual se había integrado en la guerrilla como clandestino, fue asesinado por su mismo bando, al parecer por algunas disidencias, y, por un mal entendido fue considerado como traidor perteneciente a la CIA.

denigrar a alguien [...] lo llamaba ‘intelectual’ o ‘poeta’” (64), o cuando Castellanos Moya cita la famosa y consignada frase (durante la lucha armada): “‘‘Cuando la historia no se puede escribir con la pluma, debe escribirse con el fusil’’ escrita por Farabundo Martí a quien se refiere como “un hombre estrictamente de acción, un conspirador nato: nunca escribió un libro” (65). A esta tradición *anti-intelectual*, Castellanos Moya la considera como un patrón de pensamiento constituido por “la prepotencia de la acción sobre la reflexión”, pensamiento que él diagnostica que se encuentra aún inscrito en los tiempos del fin de la guerra, idea que “radica en [...] el desprecio a la reflexión, al cultivo del pensamiento” (65-66).

Esta fisura entre la acción/arma y el pensamiento/pluma se encuentra muy bien retratada en cada uno de los personajes de su novela; a continuación haré un recuento breve de los principales. Por un lado, está el periodista Kraus definido por el narrador como una figura que “nunca fue un combatiente de primera línea, pero su *pluma* siempre estuvo dispuesta a colaborar en lo que el proceso revolucionario exigía” (la cursiva es mía, *La diáspora* 119). Otro intelectual de la novela es Gabriel, quien es un estudioso, un universitario, gran admirador de Roque Dalton, que participa tardíamente en la militancia política, para luego huir de ella desencantado. Por otro lado, Quique es definido por oposición a Juan Carlos, él representa al hombre de armas, como se ve en la siguiente cita: “En su primera reunión, Quique se dio cuenta que a los compas les gustaba discutir sobre cosas que él poco entendía, por eso les dijo que podía conseguir una pistola [...] y que a él lo que le interesaba era quebrarle el culo a uno de esos cabrones” (*La diáspora* 79). Nuevamente puede verse la dicotomía acción-pensamiento en la siguiente cita: “[Juan Carlos] A diferencia de Quique, un joven para quien el mundo intrigante de la alta política podía pasar desapercibido y toda la simbología revolucionaria permanecía en un segundo plano ante la eventualidad de la *acción*” (la cursiva es mía, *La diáspora* 122). Por último, los comandantes, Ana María y Marcial, “eran, pues, un mito, los próceres revolucionarios, el vínculo con toda la tradición de lucha [...] la verdadera manifestación de la alianza de clases obrero-campesina”, donde los máximos líderes no eran “estudiantes pequeño-burgueses”, sino un obrero y una maestra.

A partir de esta dicotomía, que diagnostica como el rechazo al pensamiento disidente dentro de la revolución, el autor critica la idea que subyace al testimonio en su afán de extirpar la ficción (volveré a rescatar la cita antes expuesta): “la proliferación de estos textos [testimoniales], [...] no compensa la generalizada ausencia de obras de ficción ni justifica la actitud de desprecio al arte de ficcionar” (68). A continuación cito una sentencia del escritor en su ensayo, que guardando las proporciones, resulta de una preocupación legítima:

el desprecio a la ficción es consustancial a las mentalidades totalitarias y autoritarias. La ficción como ejercicio de libertad, como práctica de invención, asusta a quienes todo quieren controlarlo, a aquellos para quienes la imaginación debe “ajustarse a las necesidades de la revolución” (“De historia, ficción...” 67).

En esta cita podemos apreciar las mismas inquietudes respecto a la ficción que tenía Roque Roque Baldovinos, la ficción vinculada a la libertad y la imaginación. Pero más allá de las bondades de la ficción resulta interesante la crítica al género anterior, el testimonio, y la búsqueda de una ruptura con él. Como lo planteó Ortiz Wallner *La diáspora* es una novela que genera una ruptura con la tradición, lo que a la vez es una primera condensación de las inquietudes por devolver el carácter ficcional a la literatura. Bajo esta perspectiva es que esta novela se presenta como una reflexión *performática* sobre la ficción, es decir, una reflexión sobre la ficción por el hecho de ser producida en dicho contexto. Esta *reflexión performática* se materializa en la novela a través del paratexto que la enmarca, en su primera edición, donde al abrirse las primeras páginas del libro sale enunciado: “Este es un libro de ficción” (7). A su vez, abre ciertos cuestionamientos sobre los procesos de escritura ficcional a través de su pregunta autorreferencial sobre la escritura misma:

Pensó en la posibilidad de que su historia personal pudiese servir para escribir una novela de esa envergadura. Le pareció, sin embargo, que lo suyo era demasiado insípido, tranquilo, sin tragedia. Lo que sí valía la pena contar era la forma en que se habían aniquilado entre sí los dos máximos comandantes revolucionarios; aunque para eso se necesitaba una pluma genial (41).

Cuarta parte. Diálogos entre formas testimoniales y ficción

Castellanos Moya se encuentra en un contexto en el cual se posibilitan, por una serie de condiciones tanto materiales como intelectuales, transformaciones a nivel cultural. Existen también otros autores que se cuestionan las posibilidades de la literatura extremando sus propuestas; en esta línea es que me interesaría incluir la obra *El material Humano* del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa. Esta obra es publicada el 2009, por lo que es bastante más actual respecto a *La diáspora* y ya perteneciente a otro contexto de producción, sin embargo, en ella está inscrita profundamente la reflexión en torno a la ficción y lo documental-testimonial. Esta se presenta entonces como una propuesta de resignificación de estos dos elementos aparentemente contradictorios a través de un texto híbrido metatextual. Esta obra presenta una introducción en la que introduce al lector en la búsqueda que el narrador/¿autor? se ha propuesto realizar al interior del Archivo del antiguo Palacio de la Policía, Archivo donde se encuentran documentos que “datan de la década de 1980” (12). Gracias al jefe del Proyecto de Recuperación del Archivo le es permitido entrar en el Gabinete de Identificación, lugar desde donde comienza con su investigación de rumbo cambiante entre un laberinto de documentos caóticos que revelan todo lo macabro y sangriento que resultó ser la guerra en Guatemala. Para este primer acercamiento a la novela de Rey Rosa me detendré principalmente en los aspectos formales, que se caracterizan por una compleja hibridez a través de una polifonía de textos desde la cual la novela genera un diálogo entre testimonio y ficción. La ficción enmarca de forma inevitable al texto, sin embargo, al interior de ella son incrustados elementos de carácter documental a través de la intertextualidad de datos y literatura, y elementos del testimonio.

El carácter documental de la obra se ve evidenciado a nivel del relato mismo, pues toda la obra resulta de un esfuerzo por (de)mostrar, recordar, constatar todas las atrocidades realizadas durante el período de guerra por el Estado guatemalteco. Lo documental entonces estaría inscrito dentro del relato a través de la narración de las investigaciones en el Archivo, como también en la búsqueda de Benedicto Tun (el hombre que “fundó” el Gabinete). Sin embargo, ello se manifiesta a

nivel discursivo a través de la constante intertextualidad tanto a los documentos del Archivo mismo como también a otro tipo de textos como cartas, artículos, internet, llamadas telefónicas. Los documentos del Archivo se encuentran principalmente concentrados en 121 casos recuperados casi aleatoriamente de identificaciones de casos considerados delictivos por la policía guatemalteca (21-34). Con estos casos recolectados, aproximadamente desde la fundación del Gabinete en 1922 hasta 1970, es que la novela da comienzo a su narración. Por otro lado, la intertextualidad se expresa también con un carácter literario, pues durante todo el libro se integran, tanto a través de epígrafes a los cuadernos, como también profundizando las propias reflexiones del personaje, un sinnúmero de citas a escritores connotados (aunque principalmente a Jorge Luis Borges) y filósofos. Estos elementos van complejizando el carácter documental de la obra, pues lo va haciendo una reflexión tanto de la historia guatemalteca como de la literatura y su influencia en este contexto.

El diálogo entre el testimonio y la ficción se expresa también en la inclusión directa de elementos atribuidos al género testimonial, como lo es la presencia de un testimoniante y un interlocutor que lo transcribe. Esta relación se encuentra en presente en un episodio de la narración cuando el personaje principal/narrador entrevista a su “jefe”, quien ha estado involucrado en la guerrilla con un cargo que lo llevó a tomar decisiones, que según relata no considera, desde hoy, justificables. En esta entrevista se ve el registro de una voz (la del “jefe”) que intenta explicar y redimirse de sus errores cometidos durante la guerrilla (171-173). Este registro oral transcrito en el papel por medio de un tercero, de un escritor, inevitablemente trae a consideración el problema del testimonio. Otro de los elementos que traen la presencia del género testimonial, también en relación al carácter documental, es la referencia a los diarios de cárcel en los cuales se narraban los testimonios de prisión, o diarios de experiencias guerrilleras (*Literature and Politics* 191; “Entre política, historia...” 7). Sin embargo, en este caso, la narración no es sobre la guerra ni la experiencia de las cárceles, sino una narración en primera persona, en forma de bitácora o diario de investigación de cárceles; en este sentido, el recurso del diario cumple ahora una función

investigativa. Por otra parte, en contraposición a las características canonizadas del testimonio, este narrador no es un héroe ni un revolucionario, sino un escritor que relata su cotidianidad.

Sin embargo, lo testimonial-documental de la novela queda supeditado a la ficción dentro de la obra, tanto a través de la narración que le entrega unidad, como a través de la metatextualidad. La narración está configurada en base a la experiencia de un personaje principal que además es el narrador en primera persona. De ésta surgen tres historias paralelas del personaje, donde la primera y más preponderante es su investigación sobre Benedicto Tun, narración que toma prestados aspectos de la novela policial; por otra parte, también con elementos de la novela policial, es la búsqueda del secuestrador de su madre (al que al parecer encuentra); y por último, su propia vida personal-cotidiana narrada a partir de su relación de pareja, su hija y sus viajes. Estos tres relatos son las historias ficcionales que conforman la novela, sin embargo, quisiera detenerme en las reflexiones del autor y del narrador respecto a la ficción. El libro comienza enmarcando su interior con la siguiente sentencia: “Aunque no lo parezca, aunque no quiera parecerlo, ésta es una obra de ficción” y se finaliza con la siguiente aclaración: “Nota: Algunos personajes pidieron ser rebautizados” (9,181). Así vemos que el autor incluyó estos límites ambiguos a su obra, uno al comienzo y otro al final, el primer de ellos acota su relación con una realidad extratextual, y el segundo hace evidente dicha relación, con lo cual la obra queda en un espacio que no muestra certezas sobre lo fáctico/histórico y la imaginación/ficción. Así lo evidencia una cita que incluye el narrador: “*Lo que puede ser pensado tiene que ser con seguridad una ficción. ¿Savater?*” (170).

Con esta apertura de interrogantes sobre los límites de la ficción, me interesa rescatar la autoreferencialidad de la producción de la obra de ficción, que comienza con una afirmación hecha en la introducción al libro: “las circunstancias y el ambiente del Archivo de La Isla habían comenzado a parecerme novelescos, y acaso aun novelables. Una especie de *microcaos* cuya relación podría servir de coda para la singular danza macabra de nuestro último siglo” (14). Esta búsqueda por novelar el Archivo vuelve a aparecer como reflexión al final de la novela cuando el narrador sostiene “Como hallazgo, como Documento o Testimonio, la importancia del Archivo es

innegable (aunque increíble y desgraciadamente hay quienes quisieran quitársela) y si no he podido novelarlo, como pensé que podría, es porque me han faltado suerte y fuerzas” (169). En este diálogo metatextual que establece el narrador consigo mismo y con el lector se evidencian las interrogantes sobre la ficción, pues aparece en la “discusión” el tema del testimonio y la documentación, sin embargo, en el narrador no titubea en su intención sobre el género al cual se quiere circunscribir: la novela. Finalmente, tomo otra de las citas que hacen referencia al proceso de escritura misma:

Me pregunta cómo va “el proyecto de libro”. Le digo que no estoy seguro, que he estado llevando un diario, que no sé qué haré con él. “¿Un diario?”, pregunta. Le explico que es un diario personal, en el que uso mis visitas al Archivo como tema, y que desde el día de mi suspenso tiene un *leitmotiv* (171).

En ésta se pone en duda al lector respecto al carácter ficcional de la obra, pues se transparenta el proceso por el cual este libro es posible. El narrador interpela indirectamente al lector a cuestionarse sobre el carácter de la ficción y, como vimos, también tiene sus límites.

Esta obra, debido a su complejidad dentro del género en relación a la tradición literaria desde la que surge, plantea muchísimas interrogantes que pueden ser analizadas en trabajos investigativos a futuro. Por ahora me interesa rescatar cómo desde la ficción misma, en el contexto centroamericano de posguerra, surgen propuestas reflexivas concretas sobre hacia dónde dirigir la escritura en consideración de, al parecer, una inevitabilidad de la ficción. Desde esta perspectiva es que he querido rescatar tanto desde El Salvador a inicios de los tratados de paz, como desde Guatemala en el nuevo contexto de los 2000, en el cual las condiciones de producción, aunque han cambiado sustancialmente respecto a la época de guerra, aún hay aspectos que las unen. Rey Rosa en este caso, nos presentó una puesta en acción de la pregunta sobre el testimonio y la ficción, cómo éstos pueden entrar en diálogo y abrir nuevos caminos dentro de la literatura centroamericana. A modo de breve conclusión, es posible también observar que en ambas novelas persiste una búsqueda por entender y poner en discusión lo que significó la lucha armada, tanto a nivel personal, como a nivel social. Esta continuidad es la que se intentará profundizar en el próximo capítulo.

Capítulo III. Recuentos: entre ficción, historia y violencia

Quisiera retomar en este último capítulo los aspectos ya observados en los capítulos anteriores como son, por un lado, la revisión historiográfica de los acontecimientos que conformaron lo que hoy conocemos como las naciones centroamericanas, con todas sus problemáticas, donde revisamos los sucesos que atraviesan el proceso de conformación y consolidación de las naciones “modernas”; y, por otro lado, los problemas literarios que desde una crítica literaria Occidental han sido interpretados y reinterpretados a la luz de las categorías desde Occidente impuesta sobre discursos narrativos, a lo menos, ambiguos. Aunque menos evidente, en la actualidad literaria se mantienen las ambigüedades de las narraciones centroamericanas, en las cuales se entrecruzan los discursos literarios-ficcionales con los de la historia (en su forma menos grandilocuente: la memoria). Esto sin duda se une con un suceso bastante generalizado en el campo intelectual actual, donde los límites de la ficción y de la historia han sido puestos en duda, a raíz de la mirada exhaustiva sobre el lenguaje y las experiencias socio-culturales traumáticas de la segunda mitad del siglo XX. Es por ello que, en un ejercicio similar, observo los vínculos entre el devenir literario y los problemas de la actualidad salvadoreña y guatemalteca, es decir, cómo desde la literatura se incrustan los problemas sociales actuales, y cómo desde la literatura se hacen cargo de lo que estos Estados han dejado de lado o han tomado de forma deficitaria: la reflexión sobre las guerras, sobre la historia de violencia del Estado mismo.

Dentro del corpus de obras que tendré en cuenta para mi lectura desde y sobre la actualidad centroamericana, *El material humano* de Rey Rosa es la primera que consideraré ya que ésta se enlaza con los procesos históricos previos a la guerra, y a través de ellos es que intenta reflexionar sobre la actualidad atravesada por las secuelas de la guerra. La violencia con la que es articulada la historia de Guatemala a través de esta obra de ficción es una corroboración más de cómo el presente es una proyección de una historia de heridas. Como otras formas de abordar la violencia en el contexto centroamericano considero *El arma en el hombre* y *El asco*, ambas obras de Horacio

Castellanos Moya. Desde estas obras considero las distintas dimensiones problematizadas de la sociedad salvadoreña, entre ellas, la instalación del neoliberalismo, la delincuencia y el narcotráfico. Finalmente, retomo la pregunta que Castellanos Moya se plantea sobre la posibilidad de visibilizar al Otro, tal vez en un intento de despolarizar o disolver las fronteras de una sociedad dividida entre dos grupos enemigos, a través de una propuesta de relectura de *El arma en el hombre* y *El material humano*.

Primera parte. Las memorias y la fragmentación, una lectura desde *El material humano*

La obra *El material humano*, analizada formalmente en el capítulo anterior, refleja la legítima preocupación surgida ya desde los tratados de paz y, en particular, en Guatemala con la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, por reconstruir el país desde el reconocimiento de los crímenes y atentados a los derechos humanos realizados durante la guerra. La trama de la novela consiste en la investigación de un joven escritor en el Archivo policial, después de ser descubierto algunos años después de terminada la guerra. Aunque la tarea que emprende el personaje del relato cuando se inmiscuye en el laberinto de fichas y datos en caos del Archivo policial es menos clara que la emprendida por las naciones (si es que en realidad se puede hablar de tarea alguna), la narración deja entrever la preocupación por la construcción de la Historia. Es así como la novela perfila el Archivo, que representa la posibilidad de construir la “Historia”, como el nuevo campo de batalla, en el cual, antiguos guerrilleros y policías trabajan en conjunto, con sus tensiones dentro de este espacio, este “laberinto de millones de legajos policiacos acumulados durante más de un siglo” que esperan ser ordenados/categorizados (14). Roland Barthes en “El discurso de la historia” afirma que “el historiador recopila menos hechos que significantes y los relaciona, es decir, los organiza con el fin de establecer un sentido positivo y llenar así el vacío de la pura serie” (205). Este es el impulso que moviliza al Proyecto de Recuperación del Archivo integrado por “archivista ex rebeldes o humanistas que se dedicaban a la limpieza y catalogación de documentos, como los policías que los vigilaban”, “Todos, en cierta manera, archivan y registran documentos *por o contra*

su propio interés” (14, 86). Es, por lo tanto, en el Archivo donde reaparecen las tensiones de la guerra, reaparecen los temores y las amenazas.

En este sentido, la construcción de la Historia se plantea como el nuevo escenario de la batalla, contexto en cual el personaje principal, el joven investigador-escritor, no es más que “un turista o advenedizo incómodo” (14). El personaje rescata una cita de Borges sobre la Historia, y desde ella formula la siguiente reflexión: “la Historia se escribe desde el presente, y así *lo incluye*, no es probable que pueda hacerse una crítica imparcial” (55). A pesar de que la cita revela una búsqueda de imparcialidad en la Historia, en el instante mismo cae en la cuenta de que ella es imposible, con lo cual este “advenedizo” rehúye de su intento por sentenciarle un “sentido positivo” a los sucesos. Por lo tanto, a través de esta figura, la narración intenta escapar de la relación binaria de intereses por conquistar la Historia, relación que estaría expresada en los bandos de la guerra trasladados a este nuevo campo: “más de un centenar de héroes anónimos, uniformados [...] y vigilados por policías, por círculos concéntricos de policías, policías integrantes de las mismas fuerzas represivas cuyos crímenes los archivistas investigan”, estos archivistas son “quienes combatieron con las armas el sistema que ha quedado en parte reflejado ahí, en el Archivo, continúen oponiéndose a él, digamos, legalmente, de manera retrospectiva y no violenta, ¿no?” (143, 166). La pregunta que al final queda expresada pone en duda si la violencia directa es un componente del Archivo o no; esta aparece a lo largo de la narración a través de la paranoia del personaje alimentada por el peligro que implica encontrarse en la mitad del “campo de batalla” sin pertenecer a ningún bando: “Después de unos meses de trabajar en el Archivo, cada vez que hablo por teléfono (sobre todo por celular) pienso que puedo ser escuchado” (68).

Principalmente a partir de la “segunda libreta: pasta negra” se hace evidente la imposibilidad de llenar ese “vacío de la pura serie”, ya que los hechos o significantes aparecen aleatoriamente, desconectados uno de otro, recortados y pegados fuera de una lógica que los organice o les otorgue un sentido más allá de la superposición de uno sobre el otro (19-34). El mismo narrador afirma al terminar esta libreta: “No sería prudente concluir nada tomando como

base la enumeración caótica y caprichosa de una serie de fichas policiacas que resistieron al tiempo y la intemperie solo por azar; el número de las que se perdieron o se convirtieron en humus es sin duda importante” (36). Esta cita no solo refleja la incapacidad del sujeto de explicar(se) los sucesos acontecidos (la historia), sino que refleja, también, el abismo que se produce en el sujeto frente a la inexistente posibilidad de saber realmente la magnitud del fenómeno. Esta magnitud se encuentra perdida en las ruinas de los documentos dentro de un espacio (el Archivo) que en su confabulación con la vorágine que impone el tiempo, desaparecen. En esta impresión catastrófica, la realidad se presenta en todo su horizonte inasible, donde los sujetos se encuentran atravesados por una condición temporal-espacial que los condiciona. En palabras del narrador, “Tiempo y lugar –ambos conceptos entendidos en toda su extensión; es decir: en su tendencia al infinito” (84).

Esta “impresión catastrófica” genera una experiencia fragmentada de la subjetividad lo cual se refleja en las distintas capas superpuestas de discursos al interior de la novela. Esta fragmentación, por lo tanto, es una respuesta al discurso unificador-totalizador de la Historia, al cual contrapone las memorias con su condición de *discontinuidad* (Rojas en “Profunda superficie...” 236). Ya en “Memoria Colectiva” Jean-Pierre Rioux contrapuso historia y memoria, para afirmar que “La historia es un pensamiento del pasado y no una rememoración” (1). Sin embargo, a diferencia de lo que tradicionalmente se ha entendido por memoria autobiográfica, donde se le enlaza con la identidad y la conformación del sujeto, o en una buena síntesis de Sergio Rojas esta memoria sería “la elaboración que la subjetividad hace de su propia inmersión en el mundo como mundo *vivido*” (236). En este caso, la memoria del sujeto central del relato, podríamos decir de la subjetividad que estructura la narración, es solo una voz más dentro de la yuxtaposición de voces de otros sujetos y otras memorias. En este caso, la jerarquía de las voces de los sujetos pareciera desaparecer, posibilitando la coexistencia de distintos discursos que conforman, finalmente, esta subjetividad fragmentada. Sin embargo, esta interacción de discursos es todo menos armónica, muy por el contrario, estos discursos se contradicen unos a otros (aunque en

algunos casos se complementen) conformando una red de voces que coexisten sin borrarse unas a otras, pero sin llegar a ninguna conclusión.

En definitiva, esta subjetividad fragmentada es incapaz de producir una síntesis de la infinitud de voces que la van conformando con lo cual se asume a sí misma en contradicción. Esto queda bastante retratado en las reflexiones mismas del narrador cuando afirma a través de una cita, a propósito de ciertas contradicciones específicas (en las que me detendré en otro momento): “*Es preciso –dice Pascal– que nos expliquemos las pasmosas contradicciones que se conjugan en nosotros*”, y unos párrafos más adelante agrega esta otra cita: “*Consolémonos por ignorar las relaciones que pueden existir entre una araña y un anillo de Saturno, y sigamos examinando lo que está a nuestro alcance. Voltaire*” (74-75). La no generación de síntesis se vincula directamente con una problemática planteada al interior de texto, cuando el narrador pone en disputa a dos filósofos con los cuales dialoga en torno a la idea de verdad:

Wittgenstein: “¿Pero no es esta la condición unilateral de la tragedia que sólo muestra que un encuentro puede determinar toda nuestra vida?”

Schnitzler: “Toda verdad tiene su momento –su revelación– que suele durar muy poco, de modo que, como la existencia misma, es un destello, o sólo una chispa, entre la nada o la mentira que le precede y la que le sigue [...]” (116)

Puestos en ese orden (y sin ninguna conclusión posterior), la propuesta atribuida a Wittgenstein se lee respecto a la que le precede, con lo cual, entra en disputa la presencia de un instante que determina toda una vida, una especie de autoritarismo del instante, en contraposición a una infinitud de momentos que aparecen y desaparecen: de ese mismo modo es puesta en duda la verdad, ¿existe esa verdad trágica que al ser revelada termina con las vidas de sus sujetos?, ¿o es la verdad un pequeño destello en un *mar* plagado de pequeñas revelaciones? Al parecer la última cita del narrador permite una mayor comprensión de la estructura del texto, con lo cual cada discurso se presenta como una pequeña revelación, un destello de verdad, para luego volver a “la nada o la mentira”.

La multiplicidad de capas discursivas que entretejen el texto son construidas en distintas direcciones, las cuales apuntan –haciendo un recuento acotado–, por un lado, hacia la reflexión

sobre “el libro” mismo, desde el yo de la enunciación y, por otro, aparecen fragmentos del pasado y la actualidad de Guatemala entrelazados con cuestiones sobre la institución policiaca, el racismo blanco/indio y las ambigüedades de la izquierda armada. No obstante, existen otras problemáticas entrelazadas en dichas capas, pero para este estudio he acotado su mención para dedicarme únicamente a estas. Las cuestiones sobre las implicancias del “libro” abren la discusión respecto a las posibilidades de la novela en relación a las inquietudes de un contexto de posguerra, pues así mismo lo menciona el narrador cuando afirma: “el producto de mi trabajo de escritor podría ayudar a que el público no especializado conozca el Proyecto de Recuperación del Archivo, y a que la gente llegue a entender la importancia de un hallazgo como éste” (87). Más allá de que su búsqueda se haya cumplido o no, esta afirmación evidencia una de las preguntas que surgen durante el periodo, respecto a cómo abordar este nuevo escenario, aparentemente con algunas esperanzas – aunque con no menos sospechas–. La siguiente cita expresa dichas sospechas al poner en duda la anterior afirmación: “creo que no hay nada que no sepamos ya [en el Archivo]. Un montón de detalles, nada más (¿Pero –me pregunto en silencio– no dice el refrán que allí precisamente, en los detalles está Dios –que acecha?)” (167). En esta cita, se observa la ambivalencia del texto, entre las dudas y las contradicciones, situación que se tensiona aún más en sus reflexiones sobre la ética y la moral de los sujetos desde donde ilustra la decadencia moral del país.

El pasado de Guatemala es presentado a través de las memorias de Benedicto Tun (hijo), como vemos en la aclaración del narrador: “Entre otros sucesos criminales que recuerda como al azar, me habla de uno conocido [...]”, a su vez que con partes aleatoriamente seleccionadas del Archivo previamente catalogado por Benedicto Tun (padre) hecho dentro de la institución de policía (162). También este pasado es presentado a través de la selección, menos aleatoria, de cifras de muertos y desaparecidos durante la guerra recolectadas por proyecto “Recuperación de la Memoria Histórica, hecho por la iglesia católica” y la “Comisión para el Esclarecimiento Histórico, encargado por las naciones unidas”, sección de datos que finaliza con el siguiente comentario del “joven investigador”: “Después de 1966, en Guatemala no se registran más presos políticos;

comienza la era de las desapariciones forzadas, cárceles clandestinas y ejecuciones extrajudiciales” (45). En general lo que se evidencia de estas memorias y datos es la arbitrariedad con que se impone la violencia sobre los habitantes de Guatemala, cómo el Estado instala la violencia como único método de gobernar. Al respecto el narrador tiene la siguiente reflexión: “La serie muestra la índole arbitraria y muchas veces perversa de nuestro típico y original sistema de justicia, que sentó las bases para la violencia generalizada que se desencadenó en el país en los años ochenta y cuyas secuelas vivimos todavía” (36). Desde esta perspectiva es que el presente guatemalteco, y me atrevo a decir salvadoreño también, no puede entenderse fuera de toda este pasado de violencia.

La actualidad, por su parte, es presentada a partir de recortes periodísticos, noticias dando vueltas y en general opiniones de personajes que se encuentran atravesados por el miedo. Desde estos discursos se perfila una sociedad en la cual la guerra aún no ha terminado, donde el escenario ha cambiado pero las formas de violencia se mantienen, tomo como ejemplo algunas de las formas de la violencia referidas en el texto: el crimen organizado, los sicarios de la “limpieza social” que justifican el asesinato, una institucionalidad policiaca delincuente; así lo muestra esta cita a un artículo del periódico guatemalteco hecha por el narrador de la novela:

Exasperados y exaltados por el paraíso que disfrutaban a sus anchas la delincuencia común y el crimen organizado, las altas esferas de la Seguridad y el Estado guatemalteco [...] han procedido a organizar escuadrones de la muerte integrados por policías de alta y sicarios profesionales para asesinar delincuentes. (88)

Aparece también la impunidad de los crímenes de la guerra (continúo con el mismo artículo periodístico): “*Nunca nadie sabrá con precisión [...] entre los miles de caídos durante las tres décadas de guerra, culpable e inocentes*” (89). (Esta cita es leída por el personaje con cierta ironía y distancia, y le relativiza algunos aspectos.) Por último, existe la constante pregunta por el exilio y en general un sentimiento de estar habitando un país criminal: “este es un país para cometer un crimen”, afirmación que provendría del periódico “*Prensa Libre*” en la novela (101). Con estas problemáticas me interesa abrir la segunda parte de este capítulo donde me propongo reconstruir el escenario de posguerra a partir de las preguntas en torno a la violencia.

Segunda parte. La ciudad como nuevo campo de batalla en la narrativa de Castellanos Moya

Algunas problemáticas sobre la sociedad guatemalteca planteadas en *El material humano* ya han aparecido en las novelas *El asco* y *El arma en el hombre*, escritas desde el contexto de El Salvador por Horacio Castellanos Moya. Por un lado, *El asco* es una novela monológica, donde el personaje Vega relata a Moya toda su repugnancia por la sociedad salvadoreña al volver a la ciudad de San Salvador después de dieciocho años de exilio en Canadá. Esta novela hace un evidente guiño con la realidad extratextual al afirma en su advertencia al lector: “Eduardo Vega, el personaje central de este relato, existe [...]” y al nombrar a su personaje secundario (el interlocutor) como Moya, es decir, poniendo su propio nombre de autor. Pero también hace el guiño al referirse a los lugares y elementos propios de la ciudad de San Salvador y sus costumbres. Desde estas referencias es que realiza una fuerte crítica a la sociedad salvadoreña actual, atravesada por los cambios propios de la sociedad neoliberal en un contexto de violencia instalada en todas las prácticas cotidianas. Esta crítica se manifiesta en tres dimensiones diferentes; la primera que rescato es el desencanto que produce la permanencia de la injusticia dentro del sistema político salvadoreño; la segunda sería la sensación de vivir en una sociedad criminal junto con el cuestionamiento de la idea de nación; mientras la tercera es la crítica a las nuevas condiciones neoliberales de la sociedad.

Como una especie de recuentos de impresiones, Vega o Thomas Bernhard⁵, sostiene su monólogo que desarma la sociedad salvadoreña actual, donde una de sus más fuertes críticas es la persistencia de una estructura social injusta: “aquí nada ha cambiado, la guerra civil solo sirvió para que una partida de políticos hiciera de las suyas, los cien mil muertos apenas fueron un recurso macabro para un grupo de políticos ambiciosos que se repartieron un pastel de excrementos”, o cuando afirma: “ni siquiera once años de guerra civil sirvieron para cambiar algo, once años de

⁵ Thomas Bernhard (1931-1989) es un escritor austriaco que se caracteriza por tener un tono irónico y pesimista en su escritura. Castellanos Moya realiza una evidente intertextualidad con el primer tomo de la obra autobiográfica de este autor, titulada *El origen* (1975). En su ensayo “La ciudad enferma” Castellanos Moya afirma que “pocos escritores han sido tan implacables, tan desgarradoramente crueles, con sus conciudadanos y su cultura, como lo fue Thomas Bernhard [...] espécimen solitario, misántropo y suicida, el más provocador e insólito escritor austriaco contemporáneo” (“La ciudad enferma” 117)

matanza y quedaron los mismos ricos, los mismos políticos, el mismo pueblo jodido” (26, 57). En las citas se observa la desesperanza que produce la impotencia ante la impunidad de los agentes de la guerra y sus matanzas, como también la estructura violenta instalada hace décadas, tal como el narrador afirma: “[Tegucigalpa y San Salvador son] dos ciudades donde los militares han gobernado por décadas” (23). La crítica a la clase política no es ya solamente respecto a las atrocidades que realizaron en las décadas anteriores, sino cómo todos esos hechos han posibilitado el escenario actual de robo y saqueo, como lo evidencia la siguiente cita: “[los políticos son] unos pillos con saco y corbata que antes tuvieron su festín de sangre, su orgía de crímenes, y ahora se dedican al festín del saqueo, a la orgía del robo” (28). Resulta relevante también mencionar que el narrador se refiere tanto al grupo de poder instalado desde los períodos oligárquicos, como también a los nuevos grupos de izquierda que lucharon en la guerrilla como grupos que solo se preocupan de sus intereses personales:

luego que mandaron al sacrificio a tanto ingenuo, luego que se cansaron de repetir esas estupideces que llamaban sus ideales, ahora se comportan como las ratas más voraces, unas ratas que cambiaron el uniforme de guerrillero por el saco y la corbata, unas ratas que cambiaron sus arengas de justicia por cualquier migaja que cae de la mesa de los ricos (29).

Esta estructura violenta que se ha mantenido a lo largo de la historia tiene sus consecuencias concretas en las formas en que la sociedad misma interactúa en el presente, es así como el país en la actualidad es entendido desde la violencia directa en todas sus posibilidades, así lo vemos en las siguientes citas: “nunca he visto un pueblo tan energúmeno y criminal, con tal vocación de asesinato, un verdadero asco”, “como si esta raza no se caracterizara precisamente por su habilidad para el robo y la estafa” o cuando afirma “Este país no vale la pena para nada, este país es una alucinación, Moya, sólo existe por sus crímenes” (23, 43, 20). Desde estas afirmaciones el narrador plantea una fuerte crítica a la idea de nación y orgullo patriótico, asunto que fue de principal importancia durante el proceso de guerra civil. La crítica a la idea de nación se puede ver en esta afirmación: “Cómo puede llamar ‘nación’ a un sitio poblado por individuos a los que no les interesa tener historia ni saber nada de su historia, un sitio poblado por individuos cuyo único

interés es imitar a los militares y ser administradores de empresas, me dijo Vega” (25). En ésta el narrador pone en evidencia la ruina cultural que dejó la guerra en su población que sin memoria avanza hacia su perdición en la nueva sociedad neoliberal, como vemos en la siguiente cita: “una cultura que saltó del analfabetismo más atroz a embebecerse con la estupidez de la imagen televisiva, un salto mortal” (79).

El problema de la sociedad neoliberal se retrata en diversas formas de la cultura y formas de vida de la actual sociedad salvadoreña, pues a pesar de la permanencia de la estructura violenta (como ya vimos) hay un cambio en las formas en que la estructura se manifiesta, es decir, en las formas en que se manifiesta el abuso de la clase política y la aceptación de esta por parte de la población: “San Salvador es horrible, y la gente que la habita peor, es una raza podrida, la guerra trastornó todo, y si ya era espantosa antes de que yo me largara, si ya era insoportable hace dieciocho años, ahora es vomitiva, Moya [...]” (21-22). El proyecto de sociedad neoliberal se basa en la imagen proyectada desde Estado Unidos, cuestión que es históricamente problemática para El Salvador considerando que la guerra y los procesos de formación de la nación fueron ambos intervenidos política y económicamente por la gran potencia. Ante esto la novela plantea un cuestionamiento sobre la invasión cultural del “norte” y cómo la sociedad salvadoreña asume pasivamente su sociedad de consumo, ello a través del enojo del narrador: “una ciudad que te demuestra la hipocresía congénita de esta raza, la hipocresía que los lleva a desear en lo más íntimo de su alma convertirse en gringos” (46). Esta subyugación al concepto de sociedad estadounidense de consumo se manifiesta en el plano arquitectónico respecto a la transformación de la ciudad en un centro comercial: “[su] única preocupación es destruir cualquier arquitectura que recuerde mínimamente el pasado para construir gasolineras Esso y hamburgueserías y pizzerías” (46). A su vez, emerge también el destructivo crecimiento de la ciudad como representación más brutal de la modernidad: “Horrible cómo ha crecido la ciudad, Moya [...] ya se comió casi todas las zonas verdes que la circundaban” (45).

El neoliberalismo es criticado a través de las instituciones que imparten la cultura, por un lado, la universidad que representa el tradicional espacio de traspaso cultural para formar las clases letradas y, por otro, el periodismo que representa, idealmente, el diálogo entre gobierno y ciudadanía en una sociedad moderna. Se cuestiona el rol de la educación privada ya que no sólo desarmó la universidad pública dejándola en forma de ruina, sino que al mismo tiempo la universidad privada es planteada como una estafa: “no creo que exista ningún país en que haya tantas universidades privadas como este [...] una verdadera aberración, porque casi todas esas universidades privadas no son más que negocios para estafar incautos” (54). El periodismo, por su parte, institución que cumple la función de divulgar la información sobre los acontecimientos del país, una de las principales instituciones para conformar ciudadanía, es transformada en un catálogo de anuncios: “ninguna persona con instrucción mínima llamaría periódicos a esos catálogos de ofertas, a esos muestrarios de anuncios” (58). Esta problemática evidencia cómo la figura del ciudadano informado pasa a ser la figura del ciudadano del consumo, figura propia y necesaria para el funcionamiento del sistema neoliberal. Esta figura se complementa con la del emigrante salvadoreño que trabaja en Estado Unidos para enviar remesas a sus familiares, las cuales serán gastadas en los nuevos centros comerciales de empresas extranjeras, aunque también, como comenta el narrador, estos emigrantes, traen consigo cantidades de objetos a sus ávidos familiares: “esos sujetos habían hecho trabajos infames e ignominiosos durante los últimos años a fin de ahorrar el dinero que les permitiera comprar esas enormes cantidades de chunches para regalarlos a sus familiares que ahora esperaban babeantes y codiciosos” (92).

Para cerrar el análisis de *El asco* tomaré su crítica a la reinserción de los desmovilizados como uno de los catalizadores de la delincuencia; con ello enlace el análisis de la novela *El arma en el hombre*, que trabaja con esta misma relación. Estos sujetos que fueron parte del ejército, son tratados en *El asco* como individuos que tienen “vocación de asesinato”, “se trata de tipos que sin ninguna duda fueron torturadores o masacradores durante la guerra civil, y que ahora han sido reciclados como conductores de autobuses” (47-48). El desmovilizado en la novela entra también en

la lógica neoliberal, ya que este al ser reinsertado es así “reciclado” por la sociedad luego de los tratados de paz. Por lo mismo, esta figura no es ya como un sujeto, sino que pasa a ser un objeto al cual se reutiliza, un objeto que funcionó dentro de la guerra como exterminador (casi sin voluntad propia, como veremos en *El arma en el hombre*) y que hoy, manipulado por los grupos de poder y por necesidades de subsistencia, vuelve a funcionar aunque atrofiado. Por otro lado, el desmovilizado se plantea como un individuo desensibilizado para quien la vida carece de todo valor y, por lo mismo, el matar adquiere un carácter de juego: “para esos exsoldados y exguerrilleros las granadas de fragmentación se han convertido en sus juguetes favoritos, no hay día en que uno de los así llamados ‘desmovilizados’ no lance una granada de fragmentación” (101). En este sentido, la violencia directa al parecer se establecería como un elemento más en la identidad de la nación (como ya comentamos); esta situación tiene como consecuencia el terror de la población no armada, tiene como consecuencia que la sociedad viva en un estado de constante paranoia: “Qué gusto el de la gente de este país de vivir aterrorizada, Moya, [...] qué gusto más pervertido pasar del terror de la guerra al terror de la delincuencia” (108).

El arma en el hombre es una novela que relata la historia de un desmovilizado de los militares que narra en primera persona su proceso al terminar de la guerra. El relato consiste en este hombre que se introduce de la siguiente forma:

Los del pelotón me decían Robocop. Pertencí al batallón de Acahuapa, a la tropa de asalto, pero cuando la guerra terminó, me desmovilizaron. Entonces quedé en el aire: mis únicas pertenencias eran dos fusiles AK-47, un M-16, una docena de cargadores, ocho granadas fragmentarias, mi pistola de nueve milímetros y un cheque equivalente a mi salario de tres meses, que me entregaron como indemnización (9).

En este resumen de identidad se revelan dos problemáticas, la primera es que con la desmovilización las armas continuaron en circulación y en posesión de la población, la segunda es la precariedad económica del individuo. Ante este escenario, los desmovilizados se ven obligados a una reinsertión en la sociedad como empleado en países con un alto desempleo y bajas remuneraciones, ante lo cual el personaje afirma: “No me podía imaginar convertido de la noche a la mañana en un civil, en un desempleado” (12). Luego el personaje afirma: “Ahora los jefes decían

que algunos desmovilizados pasaríamos a distintas unidades, que otros podríamos entrar a las empresas privadas de seguridad [...]” (13); con ello se observa cómo la empresa privada surge como una opción en este nuevo escenario neoliberalizado, donde la empresa de seguridad aparentemente resulta ser una necesidad de urgencia.

Sin embargo, Robocop no opta por esa opción sino que con su amigo Bruno comienzan a introducirse en la delincuencia, en una primera instancia como independientes haciendo uso de sus armas de guerra: “Bruno me dijo que con ese mínimo arsenal podíamos realizar operaciones para conseguir dinero. Era lo que yo pensaba [...] debíamos empezar con la casa de algún ricachón”, para luego entrar en una “red internacional dedicada al tráfico de autos robados” (24, 43). En breve son contactados por uno de los jefes militares de la guerra quien los introduce en “una continuación de la lucha en contra de los terroristas”, esta vez remunerado (32). Los asesinatos de algunos “jefes de izquierda” hacen reflexionar al personaje respecto a las nuevas condiciones legales dentro de la democracia: “Las cosas habían cambiado. Unos años atrás nadie hubiera dicho nada porque se liquidara a un terrorista, pero ahora, con ese palabrerío de la democracia, tipos como yo encontrábamos cada vez mayores dificultades para ejercer nuestro trabajo” (39). Aunque irónica la afirmación, esta revela las nuevas inquietudes de la democracia, en su lucha contra el crimen, sin embargo, a lo largo del libro se evidencia la incapacidad que tiene la policía y las instituciones de justicia de hacer frente al nuevo escenario de delincuencia desatada.

Esta situación es llevada al extremo en la novela pues lo que en un momento resultó ser una “misión [que] consistía en detectar y aniquilar esas estructuras clandestinas de los terroristas”, finalmente era una organización de narcotráfico (33). Su antiguo jefe había engañado a Robocop y lo había involucrado en una red de narcotráfico, la cual tenía sus enemigos, es decir la competencia. Robocop finalmente termina trabajando para la competencia, organización que se explica en parte en la siguiente cita:

Cuando los bandos y las fracciones se disolvieron [...] ellos [guerrilla de izquierda] habían pasado a trabajar para la “corporación de Tío Pepe”, un político poderosísimo, dueño de bancos, haciendas, periódicos, industrias, empresas automovilísticas y quién, además,

controlaba el negocio de exportación de esas flores mágicas cuyo cuidado eran ahora su misión (89).

Los bandos opuestos durante la guerra civil, los militares y las guerrillas de izquierda, se disuelven para formar nuevos bandos en relación a grupos de narcotráfico, manteniendo la estructura de organización y las bases materiales requeridas: las armas. En este contexto, la primera reticencia que tenía Robocop respecto a los “terroristas” se disuelve cuando él termina trabajando con ellos para cierto grupo de narcotráfico. Sin embargo, la novela no termina allí, toma un último vuelco, cuando Robocop es detenido por el gobierno de Estado Unidos y lo presionan para trabajar en los grupos antinarcóticos: “El trato era este: yo les contaba todo lo que sabía y, a cambio, ellos me reconstruirían (nueva cara, nueva identidad) [...] recibiría entrenamiento intensivo en mi lucha antinarcóticos” (131).

Este personaje que ya ha trascendido los límites de la moral se traslada de una institución a otra solo para cumplir la única tarea que ha aprendido: matar. A pesar de su caricaturización, esta figura retrata a las miles de personas que quedaron desocupadas y en posesión de armas después de la guerra. Por medio del desmovilizado se traza el camino desde el cual la sociedad salvadoreña se explica la instalación y consolidación del crimen organizado y el narcotráfico en un contexto neoliberal posrevolucionario marcado por el consumismo. Esta novela realiza una caricaturización del desarrollo de la delincuencia en el país, la cual se entendería desde el cambio (o desaparición) de las ideas, pero la mantención (o el extremar) de las prácticas. En otras palabras, los tratados de paz y la caída de los ideales que la justificaron la guerra cesan el “fuego”, sin embargo, no logran desactivar los cimientos del armazón de guerra que posibilitó la violencia directa, por lo que las *rutas* para la violencia, instaladas durante la guerra, se mantienen. Este “armazón”, en un comienzo descabezado, rápidamente es tomado y re-articulado por grupos transnacionales de delincuencia y narcotráfico. Siguiendo la descripción de Galtung, entendiendo este armazón o las rutas para la violencia como el montaje material que posibilita la guerra (armas, campamentos bélicos, instrumentos de guerra, entre otros) y la formación de individuos a partir del asesinato y las

estrategias de guerra. Esta problemática es abiertamente tratada en la obra que relata la historia de un joven que es forzado a integrarse a los grupos militares, donde su formación fue hecha a partir del asesinato y el aprendizaje de estrategias de guerra. Pero una vez que este contexto es disuelto, producto de la caída de las grandes utopías de izquierda, quedan abiertas las rutas para la violencia directa sin una idea que las regule, sin una institución que las limite. En este contexto es que estos negocios transnacionales toman la indumentaria ya montada de violencia y la reutilizan para sus fines económicos, en particular la producción de sustancias ilegales y su comercialización.

Tercera parte. Resignificación de las dicotomías de guerra

*Lo peor es sólo tener enemigos.
No. Lo peor es tener solo amigos.
Pero, ¿quién es El enemigo?
¿Usted o sus enemigos?
Hasta la vista,
Amigo.
Roque Dalton*

En su ensayo “Literatura y transición” Horacio Castellanos Moya se cuestiona sobre el rol de la literatura en el contexto de posguerra, recordando las palabras de José Emilio Pacheco cuando afirmaba que la literatura es capaz de “darnos conciencia de que el otro existe, y sobre todo preservar la memoria”, ante lo cual, Castellanos Moya afirma que “Probablemente uno de los retos para la literatura en la post-guerra sea inventar el rostro del ‘otro’ salvadoreño” y otro reto sería que “la nación no olvide sus taras, esa irracionalidad que nos condujo a la conflagración” (75). Este cuestionamiento que tiene el autor se materializa no solo en su obra narrativa, sino que también se puede ver reflejada en la producción literaria de otros autores contemporáneos, en este caso Rodrigo Rey Rosa. Visibilizar al Otro en la literatura es una tarea ambiciosa con límites bastante difusos, sin embargo, en el contexto de posguerra, el otro, si bien no es una figura clara y determinada, vendría a ser quienes han sido excluidos de los, para ese entonces, discursos literarios oficiales y todos quienes no participaron activamente de la guerra, sino que fueron los espectadores silenciosos del

desastre. Estas subjetividades que han quedado fuera de los discursos oficiales tienen variadas formas y características y resultaría imposible considerarlos un solo cuerpo de personas. A su vez, éstas solo pueden ser presentadas como metáforas ficcionales, interpretaciones desde el lenguaje, con los cuales se posibilita la conformación del escenario simbólico de la época; como veremos, ellas complejizan la comprensión de los procesos sociales dentro de estos países. Es por ello que la literatura en este período se propone hacer aparecer a través de la ficción algunas de estas figuras que resultan imprescindibles para acercarse a la profundidad del problema que atraviesa a estas sociedades.

En primer lugar observo desde esta perspectiva *El arma en el hombre*, para lo cual resultaría interesante rescatar una afirmación al respecto de la obra que hace el autor en una entrevista hecha por Raúl Rodríguez: “[A Robocop] Lo construí como reacción ante el *testimonio* [...] Me pregunté si se podría crear literariamente lo contrario, es decir, explorar la posibilidad de simpatizar con un hijo de puta. Pero la técnica del acercamiento fue el silencio” (65). En esta cita se observan tres elementos relevantes, por un lado, la utilización de ciertas características del testimonio, por otro, la aparición de una figura invisibilizada, el anti-héroe de la guerra, más bien la figura que produce el rechazo social y, por último, la dualidad palabra/acción que ya he analizado en el capítulo anterior. Respecto a este último, Robocop representaría el hombre sin la palabra, en él “es el instinto, la acción, [...] controla tanto la emoción como el pensamiento” (66). El personaje evidencia en su discurso esta dualidad cuando él mismo afirma: “al escuchar al tipo, comprendí que ahí de poco servía el valor o la capacidad de combate, sino la palabrería, y los de Acahuapa éramos los mejores en el combate, no politiqueros” (19). En la misma entrevista, Castellanos Moya afirma que para darle credibilidad al personaje le quita la palabra: “deja de hablar y de pensar, con lo que perdió cualquier característica cercana a mí o a una persona de clase media como yo” (66). En este sentido, la monstruosidad del personaje reside en su incapacidad de reflexionar respecto a su actuación. Sin embargo, no quisiera seguir deteniéndome en esto, sino más bien, ver cómo es que la novela articula la presentación de esta figura invisibilizada más allá de la atrocidad de sus actos.

El arma en el hombre intenta disolver la distancia entre el militar representante de los intereses del estado y el guerrillero de izquierda, en definitiva, la distancia que separa ambos polos de la sociedad durante la guerra civil. Esto lo realiza de dos maneras, la primera es uniendo a ambos grupos en contra de los políticos que abusan de ambos, por medio de la escena de la reunión de desmovilizados para hacer la manifestación para exigir la entrega del dinero de la indemnización, en la que uno de los organizadores de ésta afirma: “que los verdaderos traidores eran los jefes militares y los políticos que nos habían tirado a la calle y se habían quedado con el dinero que la comunidad internacional había enviado para nosotros, y que lo mismo les estaba sucediendo a los ex guerrilleros y lisiados” (19-20). En esta escena los dos grupos armados se unen en contra del Estado, situación que culmina en la transfiguración de Robocop (la figura del militar) en una figura de la guerrilla de izquierda, como se muestra en la cita: “cubrí mi rostro con un pasamontañas negro [...] Me convertí en el símbolo de los desmovilizados; y nadie supo mi identidad. La idea del pasamontañas la tomé de un terrorista de Chiapas, famoso en ese entonces” (21). La segunda manera en que se disuelven las fronteras entre un grupo y otros es la escena ya analizada, cuando ambos grupos se unen en la participación de narcotráfico y la delincuencia.

La propuesta de Rodrigo Rey Rosa en *El material humano* es menos caricaturizada que la de Castellanos Moya y, por lo mismo, presenta a ciertos sujetos invisibilizados con otra densidad. Me interesa rescatar principalmente dos figuras desde las cuales Rey Rosa reconstruye la complejidad de los sujetos involucrados, la primera es la figura del político de izquierda que fue partícipe del asesinato dentro de su mismo bando, y la segunda la figura del indígena burocrático que formó parte de la institucionalidad que dio muerte a su etnia. Ambas figuras son emblemáticas porque desestabilizan los estereotipos de enemigo/compañero, con lo cual se intenta disolver la concepción de un enemigo claro al cual hay que exterminar. La primera de ellas, representada por el jefe del Proyecto de Recuperación del Archivo, que durante la guerrilla fue “fundador del Ejército Guerrillero de los Pobres”, es acusado de asesino por parte de otro personaje también involucrado en la lucha armada, quien afirma: “Es muy irónico –dice– que sea él [el jefe] quien está husmeando

en los Archivos de sus enemigos, ¿no? Es también un asesino” (172, 159). Cuando el personaje habla de “asesino” se refiere a los asesinatos realizados por los llamados “traidores” al interior del grupo guerrillero: “Mejía compara las ejecuciones atribuidas al jefe con los crímenes cometidos por los militares guatemaltecos. No veo –le digo– la simetría” (161). Como muestra la obra, se critica la fraudulencia y severidad de las medidas tomadas, así lo evidencia el caso –entre muchos otros– de una hija de guerrillero a la cual por distintas fuentes le es avisado que su padre ha sido asesinado por traición, pero luego le informan todo lo contrario: “le cuentan que su padre había sido un héroe, que no cometió traición, que eso había sido un error, una confusión [...]” (166). Ante esto, dos personajes se preguntan: “¿Quiénes juzgaron al supuesto traidor? ¿De qué se le acusaba? ¿En qué consistió el error, si lo hubo?” (166).

Estas legítimas preguntas son las que, en uno de los planos discursivos de la novela, el narrador de ésta se propone revelar, sin querer llegar a una respuesta cerrada, más bien, en búsquedas de plantear algunas salidas posibles a estas injusticias ya cometidas. Para ello el narrador recoge dos perspectivas, por un lado el discurso del mismo sujeto “asesino” implicado en las muertes, discurso en el cual hace un *mea culpa* de sus decisiones, como lo muestra la siguiente cita al diálogo que tiene el personaje principal con el “jefe-asesino”:

–Esas ejecuciones dentro de nuestras filas, reconozco que fueron errores, o exageraciones, excesos de severidad, cuando no fueron atrocidades. Reconocer esto no ha sido nada fácil, y lo que ahora me molesta es no haberme opuesto más enérgicamente [...] Si pudiera regresar... Pero aquél era otro momento (173)

El “jefe” asume sus errores, sin embargo, asume también que el tiempo de guerra implicó cierta lógica en que la muerte estaba legalizada o al menos era la única forma de solucionar los conflictos. Como parte de esta “declaración pública” (que como ya hemos analizado, tiene en sí misma la ambigüedad respecto a la relación entre ficción y realidad extratextual), el “jefe” declara que asumió este error explicando la situación acontecida a los “hijos de los compañeros” que ejecutó, sin embargo, contra todo pronóstico “Algunos dirigentes hubieran preferido que no se les dijera nada, que siguieran pensando que sus padres habían muerto o desaparecido en acción”, muchos

hijos de guerrilleros “habrían preferido no conocer nunca la verdad” (172). Esta situación se une con los cuestionamientos del narrador respecto a la “verdad de la tragedia” que puede llegar a cambiar el curso completo de la vida, pero también con la imposibilidad de acceder a una verdad, o más bien la abundancia de verdades que coexisten.

Concluyo el análisis de las obras con algunas de las preguntas planteadas en *El material humano* sobre lo indígena, uno de los aspectos más relevantes de la novela que fue construido en base a la figura de Benedicto Tun (padre). Él fue un “hijo de padre y madre indígena, [quien] creó el Gabinete de Identificación en 1922”, sección del Archivo que investigaba el personaje principal (72). La figura de Tun resulta muy emblemática pues es un hombre proveniente de una familia indígena que decide salirse de la tradición y su cultura, para ser parte de la sociedad “moderna” impulsada por el Estado. Este personaje encarna entonces la extraña apropiación cultural por parte de un individuo indígena de la cultura Occidental, o tal vez abre la pregunta sobre el individuo devorado por la cultura dominante. Esta transfiguración cultural encarnada en Benedicto Tun se evidencia ya que él entra en la institucionalidad y en la sociedad guatemalteca desde el conocimiento científico: “Fue un empírico y también un estudioso que experimentaba constantemente” (107). La ciencia que representa la forma en que ha accedido la tradición europea al conocimiento del mundo, al parecer, se devora la forma en que la tradición indígena ha explicado el mundo. Sin embargo, la ambivalencia del personaje se mantiene, pues “Además de la criminología y la medicina forense y otras ciencias afines a su trabajo, le interesaba la filosofía y hasta lo oculto, lo esotérico” (155). Cabe preguntarse si no es ese interés por lo “oculto” desde donde se fisura esta occidentalización del sujeto indígena.

Pese al racismo exacerbado que imperaba en la época, Benedicto Tun logra entrar en la fisionomía de la sociedad moderna como un científico y burócrata excepcional (156). Él logra pertenecer a la institucionalidad del Estado y peor aún a la Policía, la misma que materializó las matanzas a los pueblos indígenas propuestas por el Estado terrorista de la época. Ante esta ambivalencia del personaje es que el joven investigador se pregunta si: “en un medio así, pudo ser

un hombre decente, o más aún: un hombre *ejemplar*” (74). Ésta abre las reflexiones sobre la interioridad en conflicto de este sujeto: “Le gustaba –dice el hijo– la vida de capital, el traje europeo y todo lo que podía ofrecer esta ciudad a un joven universitario”, sin embargo, “–tenía conflictos internos por su origen maya [...]”, y con cierto recelo y confidencia agrega: “Usted sabe cómo eran las cosas [...] aunque tal vez no hayan cambiado tanto en realidad. La discriminación racial persiste, ¿no?, aunque ahora es menos cruda que entonces” (156). Si bien el texto no pretende dar una conclusión respecto a la vida de este personaje, se trasluce que Benedicto Tun (como un indígena más) ha sido devorado por la cultura dominante la cual le ha borrado su historia al quitarle, desde la violencia simbólica de la discriminación étnica, su lenguaje: se olvidó de su lengua materna (157). Pese a lo anterior la violencia por la cual era atravesado no pasaba desapercibida ante sus ojos: “Imagínese las cosas que habrá visto en su trabajo y que tendría que callar [...] A veces, en casa, ya anciano, lloraba en silencio” (157).

Finalmente, Benedicto Tun representa la forma en que se fue instalando la institucionalidad de Estado, la cual se implantó a través de la violencia directa, pero también a través de la inserción de sujetos indígenas que aceptaron las normas desde las que se imponía la nación (no sin menos violencia). Con ello quedan disueltos los límites de la dicotomía víctima/victimario, ya que responsabiliza a los mismos indígenas que a través de su participación activa en las instituciones del estado avalaron la estructura injusta y, finalmente, fueron parte de los grupos mercenarios que dieron muerte a sus propia etnia. Pero también quedan evidenciadas otras formas de violencia, aún más silenciadas, que son las formas de violencia simbólica que han borrado de la memoria de las sociedades colonizadas su tradición y sus formas de conocimiento. Esta ambivalencia también está presente en el personaje principal que afirma: “[Los guatemaltecos] Tenemos algo de mayas, pero nuestros nombres son europeos [...] también somos descendientes de los conquistadores. ¡Somos también los malos! –me río” (130). En esta cita vemos la ironía de la afirmación, donde se evidencia una identidad inacabada, la cual se enlaza con la incapacidad de producir una síntesis de los discursos que atraviesan al sujeto. Es esta, en definitiva, la mayor contradicción que imposibilita

al sujeto una unificación armoniosa y lo lleva a convivir con una multiplicidad cultural contradictoria, donde la llegada a una conclusión implicaría un acto de violencia mayor. Es por ello que Benedicto Tun y el “jefe”, ambas figuras ambivalentes, al fin y al cabo, pasan a ser los héroes del relato, un relato que nunca quiso tener héroes, que nunca tuvo un comienzo ni un fin.

Algunas conclusiones

(Algunas contradicciones)

“Todo texto es ambiguo”, digo en voz alta, semidormido. Lo creo
(*El material humano* 74)

¿Cómo podría hacerse caso omiso a la historización de la violencia?

La violencia no ha sido ajena a los procesos de cotidianidad o transformación social de América Latina: violenta fue la conquista, violento el esclavismo, violenta la independencia, violentos los procesos de apropiación de las tierras y de expropiación de los excedentes (Roberto Briceño-León en “La nueva violencia...”14).

La urgencia por la consideración de la violencia como aspecto transversal a este estudio, surgió en primera instancia desde la lectura de una historia de conformación de los Estados centroamericanos y la constante búsqueda de la añorada modernización económica. La pregunta por la violencia es, al fin y al cabo, la pregunta por las formas en que la dominación de una cultura sobre otra sigue perpetuando, desde la colonia, sus prácticas en el territorio americano. Los procesos de modernización de Centroamérica se enmarcan en procesos mucho más profundos de instalación de un orden y funcionamiento mundial no sólo económico sino también cultural. Por ciertas razones, que este estudio no pretende entrar a indagar, este proceso fue radicalmente más sanguinario que en otros territorios del continente. Sin duda el elemento más problemático que surgió en esta investigación fue la relación entre un Estado que representa la añoranza de la inserción a un orden del mundo desde lo europeo y su visión de lo que debe ser una sociedad, ideal –todo menos altruista– que choca con una arraigada cultura amerindia, proveniente de la ancestral cultura maya y azteca (entre otras), instalada en todas las formas de cotidianidad y relaciones, no sólo de la población indígena, sino también, instalada en la densidad de las prácticas sociales de muchos mestizos. Si bien, la cultura indígena ya se encontraba bajo las lógicas de dominación de la colonia, basadas en la superioridad racial europea y la noción de inferioridad y atraso cultural congénito a las razas amerindias, ello no impidió que se siguieran agudizando (Aníbal Quijano en

“Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” 203). Es esta forma de entender a los sujetos la que se encuentra instalada en las políticas del estado pseudo-moderno de estos países y desde los cuales se articulan sus políticas de gobierno que desencadenaron en los ya mencionados actos de genocidio.

No obstante, la violencia es un tema bastante recurrente en los estudios, no sólo históricos, sino que también (y particularmente) literarios de Centroamérica. Así, vemos que la violencia al estar inscrita en la mayoría los sucesos que, finalmente, conformaron las naciones centroamericanas, su “desarrollo” y procesos de modernización: parece inevitable que también se encuentre inscrito en la literatura. De tal manera, muchos estudios han dado cuenta de la violencia presente en las tramas y formas de la ficción (o pos-ficción) centroamericana, rescato una cita al respecto:

Las narraciones y novelas [centroamericanas] de estos años se alimentan de las diversas relaciones de violencia [...]: la violencia fundacional, justificada estructural e históricamente, rastreada en estas sociedades hasta el acto de violación de la Conquista; las secuelas de la violencia directa, política y militar de los conflictos armados de las décadas de 1970 hasta 1990, así como la violencia indirecta de las relaciones económicas, hogareñas, familiares (“Entre política, historia...”²⁰).

Mi trabajo se presenta como uno más dentro de esta línea interpretativa, donde me pareció inevitable observar cómo la narrativa centroamericana se hace cargo, sino de su larga historia de abuso o los sanguinarios procesos de generación de dominio sobre los distintos territorios, por lo menos de las actuales manifestaciones de esta violencia. Si bien, algunos han considerado como un problema el que esta literatura solo pueda leerse desde la perspectiva de la violencia, la idea de un cierto carácter exotista detrás del estudio de la violencia en Centroamérica, esto no debe detener las reflexiones que, respecto a ella como forma institucionalizada, deban hacerse; no obstante, la violencia no debe ser lo único.

¿Pos-posficción centroamericana?

Como revisamos, la tradición de crítica literaria desde primer mundo quiso nombrar al testimonio como posficción buscando, en parte, su integración al canon literario en el intento de

universalización de la literatura, hecho que posteriormente fue criticado por otros teóricos. Esta idea que surgió en parte desde el contraste entre el testimonio y la novela como gran representante de la modernidad en la literatura (entre otros, cuando Beverley cita a Georg Lukacs), termina por presentar al testimonio como una ruptura con la novela. Un poco retomando la crítica de los teóricos posteriores, me pregunto sobre la literatura centroamericana, en consideración de que, tal vez sus límites difusos no son explicables desde los depurados problemas literarios occidentales en un contexto donde ni la modernidad económico-política ni sus formas culturales lograron imponerse, a pesar de sus sanguinarios intentos. Desde allí también me formulo la consiguiente pregunta que, aunque nada novedosa, vale la pena recordarla: ¿es posible salir de las categorías occidentales a través de ellas mismas? Una pregunta sin salida, no obstante, quisiera hacer un breve recuento de algunas de las reflexiones surgidas en este trabajo en consideración de ella. Como vimos, la narrativa centroamericana, por distintas razones, traspasa los límites de la concepción de ficción entrando en los difusos caminos de diversos discursos entre ellos la historiografía. Esta relación entre literatura e historia, más allá de las posibles interpretaciones, se ha mantenido como un elemento de la tradición literaria local. En la actualidad esta relación sigue siendo una problemática en cuestión, al menos en ciertas narrativas, fortalecidas por las críticas de la tradición cultural occidental sobre la Historia como discurso totalitario, donde su diseminación inevitable ha enriquecido los cuestionamientos ya presentes en las problemáticas literarias centroamericanas. No obstante, al parecer hoy ya no es posible restarle el carácter ficcional (que ha ampliado sus fronteras también) a estas narrativas y, pese a ello, creo que aún pueden considerarse algunas preguntas. O al menos dejar abierto el cuestionamiento sobre los límites para instalar o imponer categorías occidentales-europeas, con las que se ha entendido la producción literaria, en un contexto donde las formas de narración podrían estar más allá de sus restricciones.

Finalmente, quisiera concluir evidenciando otra de las contradicciones que de este trabajo ha surgido en consideración de las mismas preguntas que la literatura se ha planteado. Como en variadas ocasiones he mencionado, este trabajo se estructura desde la revisión de la historia de estos

países, discurso al cual le dediqué todo el primer capítulo. Sin embargo, a lo largo de la producción literaria centroamericana, de distintas formas, este discurso ha sido fuertemente criticado, ha querido ser borrado y se le ha querido superponer las miles de voces excluidas de este proceso de historización o más bien del proceso de formación de la nación moderna. Es por ello que este trabajo se presenta como una contradicción en la cual se intenta analizar el discurso literario como un discurso crítico a la historiografía, pero a su vez, se enmarca desde una Historia que totaliza los hechos en su recuento no aleatorio, pues como dijo Nietzsche: “No hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho” (en Barthes “El discurso de la historia” 205). Este trabajo representa de algún modo la contradicción de un sujeto que aún se ve rodeado por un discurso histórico del cual no puede escapar, y se llena de dudas con su pequeña historia, sus memorias. Este problema de las memorias, de los testimonios, de las voces subyugadas es una de las constantes de la literatura centroamericana y es lo problemático en esta trabajo también.

Obras citadas

- Barthes, Roland. "El discurso de la historia". *El susurro del lenguaje, más allá de la palabra y la escritura*. España: Paidós Iberoamérica, 2009.191-205.
- Beverly, John y Zimmerman, Marc. *Literature and politics in Central American revolutions*. Austin: University of Texas Press, 1990.
- Bourgois, Philippe. "Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador". *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia*. Editor: Francisco Ferrándiz y Carles Feixa Pàmols. Barcelona: Anthropos Editorial, 2005. 11-34.
- Briceño-León, Roberto. "La nueva violencia urbana de América Latina". *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Roberto Briceño-León (Comp.). Buenos Aires: CLACSO, 2002. 13-26.
- Castellanos Moya, Horacio. *La diáspora*. San Salvador: UCA editores, 1989.
- . "Los intelectuales y la transición". *Recuento de incertidumbres*. San Salvador: Editorial Tendencias, 1993. 57-62.
- . "De historia, ficción y lenguaje". *Recuento de incertidumbres*. San Salvador: Editorial Tendencias, 1993. 63-70.
- . "Literatura y transición". *Recuento de incertidumbres*. San Salvador: Editorial Tendencias, 1993. 71-75.
- . "La ciudad enferma". *Recuento de incertidumbres*. San Salvador: Editorial Tendencias, 1993. 117-118.
- . *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador*. San Salvador: Editorial Arcoiris, 1997.
- . *El arma en el hombre*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2008.
- Cortez, Beatriz. *Estética del Cinismo: pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F&G Editores, 2010.

- Cuevas Molina, Rafael. *Traspasio florecido, tendencias de la dinámica de la cultura en Centroamérica (1979-1990)*. Costa Rica: EUNA, 1995.
- Galtung, Johan. "Violence, peace, and peace research". *Journal of Peace Research* Vol. 6. N°3 (1969): 167-191. Disponible:
http://www.jstor.org/stable/422690?seq=1#page_scan_tab_contents
- . "Cultural Violence". *Journal of Peace Research* Vol. 27. N°3 (1990): 291-305.
- Mackenbach, Werner. "Realidad y ficción en el testimonio centroamericano" *Istmo*. N°2 (2001): 1-51.
- . "Después de los pos-ismos, ¿desde qué categorías pensamos las literaturas centroamericanas contemporáneas?" *Istmo*. N° 8 (2004): 1-52.
- . "Entre política, historia y ficción. Tendencias en la narrativa centroamericana a finales del siglo XX" *Istmo*. N°15 (2007): 1-22.
- Martínez, Andrea. "Guerrilla y movimiento popular en Guatemala: veinte años de lucha". *Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. N° 4 (1983): 69-93.
- Ortiz Wallner, Alexandra. *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*. Madrid: Iberoamericana, 2012.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Edgardo Lander (comp.) Buenos Aires: CLACSO (2000). 201-246.
- Rey Rosa, Rodrigo. *El material humano*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- Rioux, Jean-Pierre. *La memoria colectiva*, en módulo virtual: Memoria: www.cholonautas.edu.pe
- Rodríguez Freire, Raúl. "Entrevista a Horacio Castellanos Moya". *Revista de Literatura Hispamerica* Vol. XL. N° 118 (2011): 57- 70.
- Rojas, Sergio. "Profunda superficie: memoria de lo cotidiano en la literatura chilena" *Revista Chilena de Literatura*. N° 89 (2015): 231-256.

Roque Baldovinos, Ricardo. “El derecho a la ficción”. *Niños de un planeta extraño*. San Salvador: Universidad Don Bosco, 2012.

Rosenblat, Ángel. *La Población Indígena de América. Desde 1492 hasta la actualidad*. Buenos Aires: Institución Cultural Española, 1945. Disponible en línea: <http://pueblosoriginarios.com/textos/rosenblat/obra.html>

Savenije, Wim. “Las pandillas transnacionales o ‘maras’: violencia urbana en Centroamérica”. *Foro Internacional* Vol. 47. N° 3 (2007): 637-659.

Torres-Rivas, Edelberto. *La piel de Centroamérica, una visión epidérmica de setenta y cinco años de su historia*. Costa Rica: FLACSO, 2007.